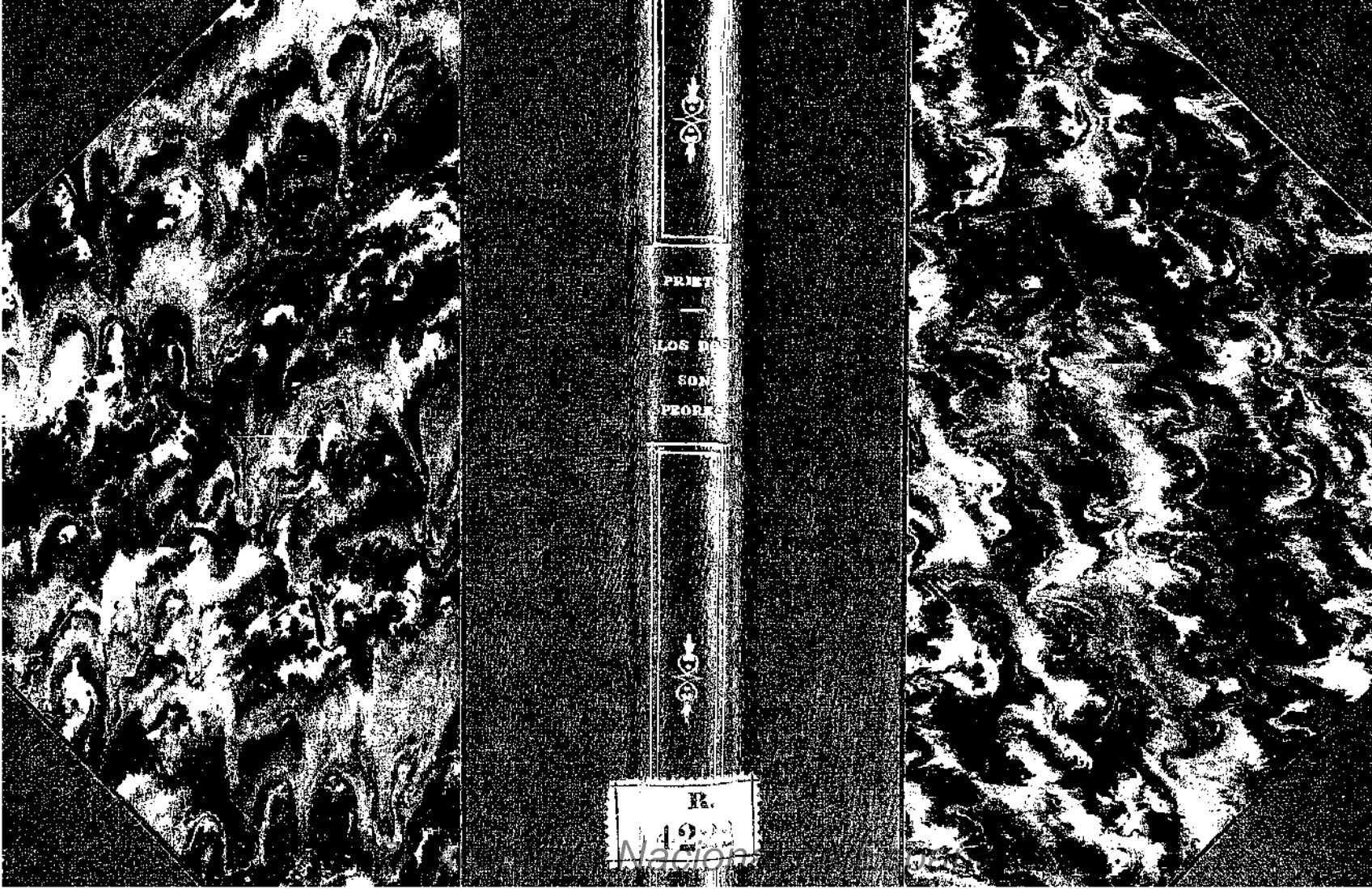




PRINCE

LOS DE

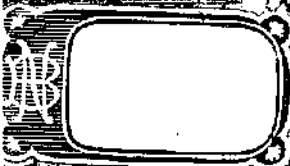
SON

PROGRES

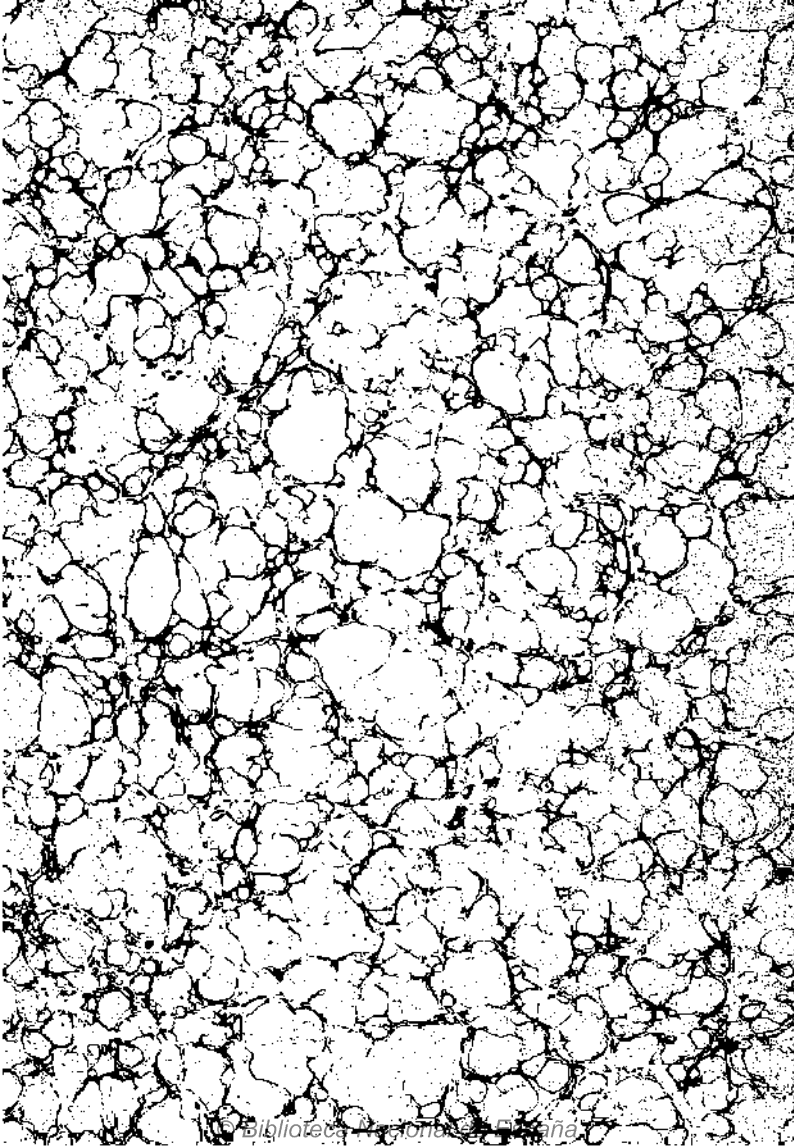
R.

12

Nación



R.
4222



GALERIA
TEATRAL DEL PAIS.

después de haber estado en la
ciudad de México, en la casa de
don Juan de la Cruz, en la
calle de San Juan de los
Rios, en la casa de don Juan
de la Cruz.

Don Juan de la Cruz

1550. 11. 11.

11

LOS DOS SON PEORES.

Comedia en tres actos y en verso, original
de la Srita. Doña

ISABEL A. PRIETO;

REPRESENTADA

Por primera vez en el teatro prin-
cipal de Guadalajara, el 19
de Diciembre de 1861.



GUADALAJARA.

Tip. del gob., á cargo de Antonio de P. Gonzalez.
1862.

**No puede reimprimirse ni representarse, sin
permiso de la autora.**

PERSONAJES.

PEPA.

INES.

D. ANTONIO.

D. JUAN.

D. LINDORO.

D. SAMUEL.

La escena pasa en Méjico en casa de D. Antonio
año de 1860.

A mi madre de
mi alma.

Yabel.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de una sala comun, adornada con decencia.—Puerta en el fondo que conduce al exterior; laterales que conducen al interior.—Es de dia.—Al levantar el telon, aparece INES en medio de D. LINDORO y D. SAMUEL vestidos, aquel de una manera chillona, y este con una gravedad exagerada.

ESCENA PRIMERA.

D. LINDORO, D. SAMUEL, INES.

LINDORO,

Adios, pues; mas te suplico
dés á la bella Pepita
este hermoso ramillete (*Le da un ramo*
que de flores escogidas, de dahalias).

he formado esta mañana
y mi afecto le dedica....

INES.

Bueno.

SAMUEL.

Tómese vd., jóven,
la molestia de decirla
que le he traído este libro (*Le da un
gran libro en pergamino*).

INES.

¿Es por ventura la Biblia?

SAMUEL.

Cali Juli Caesaris

INES.

¿Qué?

SAMUEL.

Comentarii...

INES.

(¡Qué fatiga!)

SAMUEL.

De Bello Gállico....

INES.

(¡Bueno!

Ya escampa!)

LINDORO.

¿No se te olvida

Ines?

INES.

Pierda vd. cuidado.

Pero eso ¿qué significa? (*A Samuel*).

SAMUEL.

¿Qué?

INES.

Lo de *Bello* y de *Caesaris*.

SAMUEL.

Comentarios (*¡Inaudita
ignorancia!*) de las guerras
de la Galia.

INES.

(*¡Y es la misma!*).

Ya.

SAMUEL.

Por Cayo Julio Cesar....

INES.

Quedo enterada.

LINDORO.

Esta chica
no entiende el griego....

SAMUEL.

¡Qué griego
ni qué....!

INES.

Pero yo querría
saber qué es eso de Comen....
¡Comen.... qué?

SAMUEL.

¡Por Santa Rita!
no sabe vd....

INES.

Yo supongo
que es un libro de cocina.

SAMUEL.

¡Blosfemia atroz!

LINDORO.

Si lo fuera,
para algo le serviría;
mas todos esos latines....

INES.

¡G¡alia! ¡Cayo! ¡Qué bonitas
palabras!

SAMUEL.

Oiga vd., jóven,
puesto que la luz divina

de la ciencia, atrae á vd.,
aunque ignorante y sencilla,
sepa vd. que es Comentarios
palabra que significa
apuntamientos; y Galia,
la moderna Francia misma.

LINDORO.

D. Samuel, háblele vd.
del modo de hacer camisas,
de arreglar una corbata....
Yo te enseñaré, hija mia,
las que compré esta mañana:
son de moda y muy bonitas.

SAMUEL.

En cuanto á Cayo se debe
distinguir....

LINDORO

(¡Pobre Inesilla!)

SAMUEL.

El nomen, cognomen....

INES.

(¡Ay!)

SAMUEL.

Y agnomen....

INES.

(¡Estoy lucida!)

SAMUEL.

De los romanos. El nomen,
ó sea....

INES.

(¡Si se dedica
á explicarme!)

LINDORO.

D. Samuel
no diga vd. tonterías....
¿Qué le importa á esta muchacha,
ni lo que ha pasado en China,
ni lo que hicieron los griegos....

SAMUEL.

D. Lindoro, vd. delira....
¿He hablado de China acaso?

LINDORO.

O de Roma ó de Turquía;
es lo mismo.

SAMUEL.

(¡Qué ignorante!)

LINDORO.

¡Ocurrencia peregrina!
¡Discurso en latín á Ines!
No comprendo esa manía
de hablar á diestro y siniestro,
de ciencias desconocidas,
y lo que es peor, pasarse
todas las horas del día,
y las noches muchas veces,
con un libro en las rodillas
descifrando garabatos
y averiguando noticias
de lo que hicieron los otros,
cuando es tan corta la vida
y pudieran ocuparla
de una manera mas digna.

SAMUEL.

¡Mas digna! ¡Y á qué trabajo
mas útil consagraria
la existencia el hombre cuerdo,
que á instruirse? ¡Qué mas dicha,
que ser sábio? ¡Qué pudiera
compensar esa infinita
serie de goces inmensos
que da el saber?

LINDORO.

Una linda
muchacha que nos dirige
la mas graciosa sonrisa,
como dulce recompensa
de amable galanteria;
cuyos ojos brilladores
con su fulgor iluminan
el corazon derretido
que extasiado los admira.
Los bailes....

INES.

(¡Viejo mas verde!)

LINDORO.

¡Los bailes! Soñar podria
nada la imaginacion,
mas bello, mas....

INES.

(Me fastidia)

LINDORO.

Esas reuniones preciosas
de frescas y hermosas ninfas,
que vagando por la sala
graciosamente vestidas,

el corazon embelesan,
la imaginacion fascinan,
la cabeza nos trastornan
y nos deslumbran la vista.
Y bailar . . .

INES.

(¡Podrá creerse!)

LINDORO.

¡Y bailar! es mi delicia.

SAMUEL.

¡Ligereza!

LINDORO.

El wals me embriaga;
me embelesan las cuadrillas;
me encanta la contradanza....
¡Hay una cosa mas linda,
que tomar entre las nuestras,
una preciosa manita,
cuyos contornos señala
un guante de cabritilla;
que estrechar en nuestros brazos
algun talle de silfida,
que en el cansancio del baile,
hácia nosotros se inclina

y nos permite admirar
de mas cerca la sonrisa,
y respirar el aliento
de una boca purpurina?
¡Esto se llama gozar!

INES.

(Con cincuenta años encima
y un pico de nueve al menos....)

LINDORO.

Pero me voy, Inesilla;
Adíos ¡Vamos D. Samuel?

SAMUEL.

Con la mayor cortesía
presente vd. mis respetos
á la clásica Pepita,
jóven.

LINDORO.

Haz tambien presente
mi atencion á la divina,
á la almibarada Pepa....

SAMUEL.

Quede vd. con Dios

LINDORO.

Y dila

que vamos á volver luego,
á tener la inmensa dicha
de contemplarla.

INES.

Está bien.

LINDORO.

Adios pues.

INES.

(¡Dios los bendiga!)

(*Vanse*).

ESCENA SEGUNDA

INES. (viéndolos ir).

INES.

Si en artículo de muerte
y para salvar la vida,
me obligaran á escoger
entre estos dos, me moría
primero. ¡Si son capaces

de volver loca á la misma
cordura, con sus sandeces!
¡Habrás visto manía!
El uno jóven, consume
lo mas bello de su vida
leyendo libracos viejos
que han de acabar con su vista;
que con su juicio hace tiempo
que dieron al traste, y grita
contra la horrible ignorancia
en que se halla sumergida
la sociedad, porque nadie
puede contener la risa
al oír sus latinotes
y sus extrañas salidas;
y le da por hombre sério,
que no comprende ni pizca
de aquello que todo el mundo
admite, alaba ó admira;
y le hace la corte á mi ama,
como si ella jóven, rica,
hermosa y llena de gracias,
pudiera en toda su vida,
enamorarse de un libro,
con anteojos y levita.
Y el otro ¡válgate Dios!

de maneras muy distintas,
la locura se presenta;
el otro, tierno suspira
al lado de las muchachas;
les dice galanterias,
les ofrece ramilletes,
las adora y las fastidia:
va á los bailes el primero
y baila hasta que es de día;
se viste á la última moda
y se acicala, y se riza,
y la echa de jovencito,
cuando tiene ya cumplidas
cincuenta y seis primaveras....
¡Si es de morir de risa!
No toma jamas un libro
porque son majaderias,
de manera que ha olvidado
hasta el....

PEPA.

(Dentro).

Inés.

INES.

Señorita,

ESCENA TERCERA.

INES, PEPA [por la derecha].

INES.

Tome vd. aquí han dejado
D. Lindoro y D. Samuel,
este, el libro; el ramo, aquel,
para que sea entregado
á vd. en su mano propia;
y aquí están.

PEPA.

Dame ¡por Dios!
De cada uno de los dos,
es el obsequio de la copia.
¿Qué han dicho?

INES.

Que volverán
luego á tener el honor
de hablar con vd.

PEPA.

¡Mejor!

Al menos me distraerán.
Coloca en agua las flores....
¿Que haces?

INES.

Me está dando gana
de echarlas por la ventana....

PEPA.

¡Tal desden á sus amores!
¡Tanto te fastidia?

INES.

Sí;

no lo puedo soportar:
es mucho desatinar:
hoy la paciencia perdí.

PEPA.

¡Y el otro!

INES.

El otro peor:
de entenderlo trato en vano;
Nunca ha de hablar en cristiano
¡hay disparate mayor!

PEPA.

Muger, ten calma, que al fin....
¿Pero que es esto? ¡já...já...

INES.

¿Pues que sucede?

PEPA.

Que está
este librote en latin.

INES.

Así me lo suponía....
Habrá llegado á pensar
que vd. pretende estudiar
Medicina ó Teología.

PEPA.

Pero ¡vaya una ocurrencia....!
¿Quién pudiera suponer....?

INES.

Todo se puede creer
de semejante demencia.

Aunque este misal no abrí,
que apenas con él cargué,
que estaba en griego juzgué,
luego que el título oí.

PEPA.

¿Qué título?

INES.

¿Qué se yo?

Lea vd, si entre otros dones,
el de descifrar borrones,
al cielo le concedió.

PEPA.

Pienso que harán en venir,
bien; que estoy tan aburrida,
que te juro por mi vida
que me van á divertir.

INES.

¡Magnífica diversion!
No la envidio, señorita;
a mí me exalta, me irrita
Solo verlos.

PEPA.

Aprehension....

Déjalos desatinar,
que lo mas sencillo es,

el lado débil, Inés,
del prójimo adivinar;
y en llegando á descubrir
el flaco de cada uno,
puedes sin temor ninguno
á costa suya reir....
Lo digo como lo siento.

INES.

Pero es que....

PEPA.

Fingir, muger,
es el modo de tener
á todo el mundo contento.
Como á todo digo amen
y á ninguno contradigo,
no hay persona que conmigo
no se encuentre siempre bien.
De todo el mundo me rio;
me burlo de todo el mundo,
y un cariño tan profundo
me toman todos; Dios mío!
Esta manera de obrar
no me da remordimientos;
si todos están contentos,
¿qué mas puedo desear?

INES.

Mas debe ser muy cansado
fingir así todo el día....

PEPA.

¡Ay! es que la suerte mía,
á fingir me ha condenado.
Mis padres no conocí,
porque mi madre murió
al nacer yo, y la siguió
mi pobre padre ¡ay de mí!
Sola, de mi tío al lado,
triste mi infancia pasé,
y á la juventud llegué
sin haber nunca logrado
acostumbrarme á su adusto
carácter, severo y frío,
que contrasta con el mío
y lo hace á veces injusto.
Bien lo sabes, tú, que has sido
de mi niñez compañera,
y su autoridad severa
tantas veces has sufrido.
No es que su preocupacion,
su aspereza y gravedad,
perjudiquen la bondad

de su noble corazon;
no por cierto. Mas ¿podiera
mi carácter tan jovial,
tan risueño y natural
como en otros tiempos era....

INES.

Y como lo es todavía.

PEPA.

con el suyo convenir?
Me ha sido fuerza fingir
y bien lo siento á fé mía....
Parece que nunca fué
jóven, si se ha de juzgar
por su modo de apreciar
lo que en los jóvenes ve.
Es al decoro faltar
gustar de fiesta y paseo,
es pernicioso deseo
el deseo de bailar;
una niña recatada
que conoce sus deberes,
goza solo en sus quehaceres
y en la vida retirada;
hallia cosa muy sencilla
y fácil de comprender,
que no sueñe la muger

mas gusto que su almohadilla;
y en su ignorancia completa
de joven inclinacion,
me abrumba con un sermón
porque me juzga coqueta.

INES.

Y ¿es muy injusto?

PEPA.

Tal vez....

INES.

¿Con la mano en la conciencia
defiende vd. su inocencia
sobre ese punto?

PEPA.

Sé juez.

Así me acusas cruel,
sin duda porque no lloro,
escuchando á D. Lindoro
y sufriendo á D. Samuel.
¡Llamas, tú, coquetería,
por ventura, el aguantar,
solo por no lastimar
su cansada algarabía?
¡Es ser coqueta sufrir
que D. Lindoro me admire,

y que rendido suspire
y de sus gestos reír?
¿Es ser coqueta escuchar
sus protestas de ternura,
y su gracia y su frescura
embelesada admirar?

INES.

¡Por Dios, señorita!

PEPA.

En fin,
¿es ser coqueta también
responder contrita: amen,
si el otro me habla en latín?
Eso no es coquetería;
dale otro nombre, mujer:
bien merece, á mi entender,
que lo llares cortesía,
deferencias, que no son,
y preguntalo á mi tío,
ofensa al decoro mío,
atención. . . .

INES.

¡Ay! ¡qué atención!

PEPA.

Ser atenta, es halagar

como ha poco te decia,
de cada uno la manía
y á ninguno contrariar....
Habla el uno embelesado
de bailes y figurines,
suelta el otro mas latines,
que un cura, ó un abogado;
y yo por no lastimar
el orgullo de ninguno,
el idioma de cada uno
estoy aprendiendo á hablar.....
—Mas dejemos eso á un lado:
déjame admirar siquiera
la delicada manera
con que ambos me han obsequiado.....
Muy bellas las flores son....

INES.

¡Eh! las dalias huelen mal;
y por lo que hace al misal,
¡cuán tierna declaracion!
Será su dicha completa
si le ocurre á vd. un dia
en prenda de simpatia
regalarle una receta.
¡Se concibe tal simpleza!

PEPA.

Pues señor, me hace reir....

como le pudo ocurrir....
¡No me cabe en la cabeza!

INES.

Pues si vd. lo hubiera oído
con que admirable sosiego
me lanzó en turco ó en griego
el título consabido;
y luego la traduccion
de los Comen.... ¡no se qué!
¡bien enterada quedé!
con su docta esplicacion.

PEPA.

¿Y que hay manuscrito aquí?
está mi nombre.

INES.

¡Que gloria
para vd.!

PEPA.

Dedicatoria
es probablemente, sí....

INES.

¿Me la va vd. á leer?

PEPA.

Quiero hacerte recordar
el sábio: voy á empezar.

INES.

¡Que lástima no entender! (riéndose)

ESCENA CUARTA.

Dichos, D. ANTONIO por el fonda.

D. ANTONIO.

¿De qué os reiais?

INES.

Señor....

D. ANTONIO.

De alguna majadería.

PEPA.

Hablábamos....

D. ANTONIO.

Hija mía,
nunca se debe al pudor
faltar en lo mas ligero;
y esa risa....

INES

(¡Bueno va!)

D. ANTONIO.

Algo que pensar dará
y que piensen mal no quiero.

¡Se permite por ventura,
á una doncella juiciosa
reirse de cualquiera cosa
con tanta desenvoltura?
En mi tiempo se tenia,
mas mis tiempos han pasado,
mas juicio. . .

INES.

(¡Dios sea londo!)

D. ANTONIO.

Nunca una niña reia
sin causa sin mas ni mas,
porque estaba persuadida
que una jóven bien nacida
no da que decir jamas.
Una doncella pensaba
solo en sus obligaciones,
en rezar sus devociones
luego que se levantaba;
en saludar á papá
bajando humilde los ojos,
evitando los antojos
que el ver demasiado dá;
en componer la despensa,
en disponer un guisado,

en corregir á un criado
que en lo que hace no piensa;
en hacer esas labores
que honra de su sexo son,
y por grata diversion
en regar despues sus flores.

INES.

(¡Estarían divertidas!)

D. ANTONIO.

Pero nada de pensar
en paseos, en bailar,
porque son horas perdidas
las que se gastan así;
nada de espejo y balcon:
se distrae la atencion....

PEPA.

Yo tío.... (¡Pobre de mí!)

D. ANTONIO.

Esas locas diversiones
que atraen la juventud,
turban solo la quietud,
trastornan los corazones.
Nó, no es que te acuse á tí
de falta de sensatez....
¡Dios me libre! tu niñez

cuidadoso dirijí....
He procurado educarte
como á la hija de mi hermana
y la doctrina mas sana
he tratado de inculcarte;
y como justo tributo
á la verdad, te diré,
que la virtud que sembré
da en tí su brillante fruto.
—Pero es charlar demasiado:
idos á vuestra labor:
vé, hija mia, lo mejor
es tener siempre ocupado
el espíritu....

.. PEPA.

Veré
que preparen la ensalada.

D. ANTONIO.

Sé hacendosa y reservada.

INES.

(Vuelve á comenzar á sé). (*Véndose las
dos por la derecha.*)

ESCENA QUINTA.

B. ANTONIO.

D. ANTONIO.

Es un modelo acabado
de modestia y de virtud;
pero con la juventud
se debe tener cuidado.
Aunque su juicio y razon
no ha desmentido jamas,
no me parece de mas,
de cuando en cuando un sermon
—Pero mi espíritu está
preocupado al extremo
disgustos sin cuento temo;
¡Dios sabe lo que vendrá!
Estas cartas. . . . ¡todo cae
sobre mi cabeza ahora!
nueva desconsoladora
cada una de ellas me trae.
Los unos se han apropiado
mi cargamento ¡ay de mí
y los otros, dice aquí,

mis peones se han llevado.
Y tengo que lamentar
el trabajo interrumpido,
y mi dinero perdido....
¡Es cosa de renegar!
¡Que á un hombre que ardentemente
trabaja, quieto y honrado,
le quiten lo que ha ganado
con el sudor de su frente!
¡Y con tanta ligereza!
sin decir por atencion
pedimos á vd. perdon,
dispense vd. la franqueza....
Pues, señor, acabarán
segun la toman de prisa
por dejarnos sin camisa
y en la calle.... ¡voto á san!
Y para mayor placer,
los plazos se me han llegado
de esas letras que he aceptado
y las que satisfacer
no puedo; tal situacion
es insoportable á fé.
¿Qué partido tomaré?
Debe mi reputacion
quedar intacta; pagar

es necesario al momento....

Señor, es mucho tormento

¿qué resolución tomar? (*Queda pensativo*).

ESCENA SESTA.

Dicho, D. LINDORO, D. SAMUEL, por el fondo.

D. SAMUEL.

Sí señor, á vd. le gustan
estos tiempos, son de holgorio:
hace vd. muy bien. Yo extraño
aquellos tiempos dichosos,
de costumbres arregladas,
rígidas....

D. LINDORO.

De purgatorio.

D. SAMUEL.

En que cada cual cumplía
sus deberes religiosos
y todos eran honrados....

D. LINDORO.

¿Porque eran beatos todos?

D. SAMUEL.

En los que la inquisicion,
con los tormentos y el potro,
castigar siempre sabia
al tenax y al revoltoso;
en los que la juventud
obedecia con gozo,
á preceptos siempre sábios,
repetables, provechosos;
porque al lado del consejo,
como el mas seguro apoyo,
estaba siempre una tranca....

D. LINDORO.

¿Razonamiento muy sólido!

D. SAMUEL.

En que á su padre se hablaba
sin alzar nunca los ojos;
y su *merced* se decia
porque hablarles de otro modo,
es faltarles al respeto;
en que no quedaban solos
jamás, porque no es decente
una niña con su novio;

y las jóvenes tenían
mas recato y mas decoro....

D. LINDORO.

Y se comia á las doce,
y se cenaba á las ocho;
no lo olvide vd.; es rasgo
importante.

D. SAMUEL.

D. Lindoro,
vd. lo dice de burla....
ero....

D. LINDORO.

No tal; los elogios
que vd. hace de esos tiempos,
están en todo y por todo
de acuerdo con su carácter;
pero cada cual, supongo,
puede tener su opinion....
y es la mia....

D. SAMUEL.

(La de un tonto.)

D. LINDORO.

Que todas esas vejeces
que todos esos engorros,
me cansan y me fastidian,

sí señor. Yo tengo otros gustos distintos: yo quiero la libertad. Me sofoco cuando recuerdo esos días, que, por dicha, muy remotos están ya. ¡Qué mayor bien, que satisfacer gozosos nuestros mas raros caprichos, nuestros mas necios ántojos? La educacion de estos tiempos felices, es bien notorio que es muy distinta de aquella de ranciedades y embrollos.... Da gusto, por vida mia, ver jóvenes de muy pocos años, obrar libremente, sin que venga un viejo chocho á ponérseles por medio con extraños trampantojos. En tiempos civilizados, fuera por cierto, no bochorno, no abolir esas simplezas, esos usos enojosos que á la juventud tenían en un puño. No conozco nada que mas me fastidie,

que esos viejos cavilosos. . . .

Las jóvenes deben ser
desenvueltas, y los mozos
descarados, calaveras. . . .

D. SAMUEL.

Pero, hombre ¡por S. Ambrosio!
está vd. desatinando.

D. LINDORO.

Que lo diga D. Antonio.
¿Qué dice vd?

D. ANTONIO.

Yo señores,
á la verdad, no respondo
de hallarme bien enterado
del asunto; dolorosos
motivos me tienen hoy
en tan terrible trastorno,
que apenas he comprendido. . . .

D. SAMUEL.

Diga vd.

D. LINDORO.

Yo por lo pronto,
con el permiso de vd.
una libertad me tomo,
y es preguntar, si no soy

indiscreto, ¿qué penosos
asuntos han afligido
á vd. tanto?

D. ANTONIO.

Los negocios
que están en tan mal estado....
¡Y no poder poner coto
á estos atropellamientos!
Aquí me escribe mi socio,
lea vd., que se han llevado
mi cargamento....

D. LINDORO.

¡Qué oprobio
para los conservadores!

D. ANTONIO.

Aquí dice que los otros
se han llevado, nada menos
que los peones, los mozos
de la hacienda.

D. SAMUEL.

Pues parece
que no lo hacen mal tampoco
los liberales.

D. ANTONIO.

Estoy

aturdido. Para colmo
de penas, se me han cumplido
unos plazos: es forzoso
pagar ciertas cantidades;
y, al decirlo me sonrojo,
á causa, como ya he dicho,
de todos estos trastornos,
me hallo imposibilitado
de hacerlo ¿No es doloroso
para un hombre como yo?
¿No es para volverse loco
un estado semejante?
Escuche vd. D. Lindoro,
es uno de los motivos
porque me aflige este ahogo,
mas, el pensar que no puedo
pagar á vd.

D. LINDORO

Yo no cobro
á vd.; nada de eso ¡vaya!
no señor, ni por asomo....
(Todo queda en la familia;
porque mucho me equivoco,
ó Pepita será mía).

D. ANTONIO

Que vd. sea generoso,

no es razon para que pueda
ver yo con serenos ojos
el perjuicio que le hago.
Es para mí vergonzoso,
al extremo haber llegado
á este caso; nadie el ócio,
nadie la mala conducta,
podrá nunca echarme en rostro;
¿y no es triste para un hombre
que fué siempre honrado y probo,
que no tiene en la conciencia,
ni en su vida un hecho solo
de que avergonzarse pueda;
que este cúmulo azaroso
de penosas circunstancias,
que lo abrumen con encono
haga que lo consideren
mañana como un tramposo
y blanco de los sarcasmos
de un mundo maligno y tosco,
su buena reputacion,
mire convertida en polvo?
¿Habrà firmeza que baste,
cuando este cuadro espantoso
la imaginacion nos muestra?
¿Habrà angustia, habrà bochorno
mas terrible? Diga vd....

D. SAMUEL.

Cálmese vd., D. Antonio.
¡Paciencia! Nos dice el sábio,
que en este mundo de abrojos,
de lágrimas y pesares,
hay unos tragos....

D. ANTONIO.

Muy gordos:
por experiencia lo veo.

D. LINDORO.

Sabe vd. que de mis cortos
haberes, disponer puede
cual si fueran suyos propios.

D. ANTONIO.

Gracias.

D. LINDORO.

(Pues no será malo
asegurar el apoyo
del tío con la muchacha,
cuyo carácter jocoso
me asusta á veces).

D. SAMUEL.

El hombre
que conoce lo ilusorio
de los bienes deeste mundo,

y sabe que ser dichoso
nadie ha conseguido nunca,
ve con el mayor aplomo
todas las penalidades
que á los caracteres flojos
y débiles, anonadan.

D. ANTONIO.

Es vd. muy venturoso
en tener tanta firmeza....

D. LINDORO.

(En los males de los otros).
En todo aquello en que pueda
ser útil á vd., supongo
que no es preciso que diga,
que satisfecho y gozoso
serviré á vd.

D. ANTONIO.

Yo no puedo
explicar á vd. mi hondo,
mi vivo agradecimiento.

D. LINDORO.

(De esta hecha, soy el novio
admitido de la niña.
Me decían que era un oso
el tal tío, y me parece
que empieza á amansarse un poco).

D. SAMUEL.

No debe vd. abatirse,
el verdadero filósofo....

D. ANTONIO.

¡Eh! yo lo quisiera ver
sumergido hasta los hombros
en semejante pantano....
!Si no se daba al demonio!

D. LINDORO.

Repito á vd. que disponga
de mí; que olvide que somos
amigos de nueva fecha.
Vd. sabe cuanto odio
los cumplimientos, yo soy
muy franco, muy oficioso....
(El amor hace milagros).

D. SAMUEL.

Sí, todos somos de lodo
frágiles, débiles, cierto;
pero el sábio que estudioso,
logra en la ciencia divina
encontrar un patrimonio....

D. ANTONIO.

(¡Dale bola con el sábio!)

D. SAMUEL.

Eterno, noble, precioso,
cuando las penas lo abruman
mira con desden en torno
suyo....

D. ANTONIO.

D. Samuel, si el sábio
era hombre pundonoroso
que guardar quiso su fama,
siempre limpia como el oro,
toda la ciencia del mundo
no le daría reposo
viéndola espuesta a mancharse
con tan terrible sonrojo.

ESCENA SETIMA.

Dichos, D. JUAN por el fondo.

D. JUAN.

¿D. Antonio de Solís?

D. ANTONIO.

Servidor de vd.

D. SAMUEL.

Ignoro [*A Lindoro*].
quién es este personaje.

D. LINDORO.

Me sucede á mí lo propio.

D. ANTONIO.

¿Gusta vd. sentarse?

D. JUAN.

Gracias. [*Aceptando*].
Soy hijo de D. Alfonso
de Aguilar. Vengo de Puebla
á arreglar ciertos negocios
importantes, que mi padre
me recomienda; entre otros,
cual lo dice en esta carta,
me ha encargado....

D. LINDORO.

No es mal moza. [*A Samuel*].

D. SAMUEL.

¡Frivolidad!

D. JUAN.

Que hable á vd.
y arreglemos....

D. ANTONIO.

(*Me sofoco!*)

D. JUAN.

Un asunto que quedaba
pendiente....

D. ANTONIO.

Si, ya supongo.
Con que así, según parece,
es vd. aquel pimpollo
de quien mi amigo me hablaba
con tanto fuego?

D. SAMUEL.

(De tonto
tiene cara).

D. ANTONIO.

¿Con que vd.
es Juan? Mucho, muy dichoso
soy, no de haber conocido
á vd., nó señor, que somos
amigos viejos....

D. JUAN.

Me acuerdo.

D. ANTONIO.

¿Se acuerda vd? Hace poco
mas de diez años que vd.
se fué á Europa.

D. LINDORO.

(¡Socorro!
Será algun pedante.)

D. JUAN.

Entonces,
segun parece, eran otros
tiempos, y vd. no me hablaba
con ese ceremonioso
estilo.

D. ANTONIO.

Tienes razon;
yo no sé por que me encojo....
Es que ya estas hecho un hombre.

D. LINDORO.

(No tiene el aire gracioso,
ni amable)

D. ANTONIO

Presento á ustedes
con el mayor alborozo
á mi querido D. Juan,
el hijo de D. Alfonso
de Aguilar, amigo mio.
D. Samuel....

D. JUAN.

(¡Que aire tan hosco!)

D. ANTONIO
de Carranza....

D. SAMUEL.
Servidor
de vd. joven.

D. ANTONIO.
D. Lindoro
de Ramos de Rosas.

D. JUAN.
(¡Bueno!
¡Qué apellido tan frondoso
y fresco!)

D. ANTONIO.
Con el permiso
de ustedes, (siento un trastorno);
voy á leer esta carta.

D. LINDORO.
Entre amigos son ociosos,
son intempestivos siempre
los cumplimientos.

D. SAMUEL.
Conozco
algo á su padre de vd.
estuve en Puebla hace ocho
años.

D. ANTONIO.

(¡Otro nuevo golpe!)

D. LINDORO.

(¿Y Pepita? pues buen modo
de agradecer mis cuidados,
de ocuparse de nosotros.)

D. SAMUEL.

Si, señor; obra admirable; (*A D. Juan*).
yo prestaré á vd. el tomo
primero.

D. JUAN.

Gracias.

D. LINDORO.

¿Que obra
es eso? (¡Dios poderoso!
¡Si ahora nos dice un discurso!)

D. SAMUEL.

Nó, pues yo no me conformo
hasta que vd. lea siquiera
una parte. Tiene trozos
magníficos....

D. JUAN.

No lo dudo.

D. ANTONIO.

Qué tortura y que bochorno!

D. SAMUEL.

Cuando vd. lea....

D. LINDORO.

No hablemos,
por Dios, de libros. No oigo
hablar á vd. de otra cosa....

D. SAMUEL.

Pues hablaremos de moños,
de peinados. Me parece
que es un asunto precioso
para hombres.

D. LINDORO.

Yo no digo
que lo sea; pero hay otros;
y en fin, y en último caso,
lo hallo menos fastidioso,
que hablar de libros en griego,
que no entendiera el demonio...
Hablemos de amor.

D. SAMUEL.

Asunto,
á mi entender, muy impropio
de hombres graves.

D. LINDORO.

De hombre graves;

mas, jóvenes cual nosotros,
tenemos ese derecho.

D. JUAN.

(¡Jóven! ensueño engañoso
de su mente acalorada)

D. LINDORO

El amor....

D. SAMUEL.

Es el mas tonto
de todos los sentimientos.
Nada hay tan empalagoso
como mirar muy de cerca
áun enamorado bobo,
en ridículo ponerse
con sus gestos amorosos....

D. LINDORO.

Pero, hombre ¿hay cosa mas dulce
que beber en unos ojos
divinos la dicha inmensa
que el corazon afectuoso
enagena?

D. ANTONIO.

(No esperaba
esta nueva angustia. ¿Cómo
pagar en estos momentos?)

D. LINDORO.

Sí, D. Samuel, muy dichoso
es el hombre que consigue
ser objeto único y solo
de una ternura sincera;
es de la ventura el colmo
ser amado.

D. ANTONIO

Ya he leído (*A D. Juan*)
esta carta y me es forzoso
esperar hasta mañana
para arreglar el negocio
de que se trata.

D. JUAN.

No hay prisa:
cuando vd. guste.

D. SAMUEL.

¡Qué hermosos
rasgos encierra este libro!
¡Qué inapreciable tesoro
de ciencia y sabiduría!

D. LINDORO.

D. Samuel, por S. Crisóstomo,
no quita vd, como dicen,
el dedo del renglon....

D. SAMUEL.

Pocos

pueden entenderlo, es cierto;
la ignorancia, el abandono
en instruirse, han llegado
á tal extremo....

D. JUAN.

(Este prójimo
parece maestro de escuela).

D. LINDORO.

¡Y queda vd. tan gozoso
con esas majaderías!

D. SAMUEL.

Oigame vd. D. Lindoro....

ESCENA OCTAVA.

Dichos, PEPA por la derecha.

PEPA

Mi buen tío....

D. LINDORO

¡Oh! Pepita.

PEPA.

Mire vd. ¡ah! Buenos días. .(*sorprendida*)

D. ANTONIO.

Acércate ¿que querias?

D. JUAN.

(¡Qué muchacha tan bonita!)

PEPA.

Una cinta que acabé
para el reloj, y que ahora
traia á vd.

D. LINDORO.

(¡Encantadora!)

D. JUAN.

¡Qué jóven tan bella! (*A D. Samuel*).

D. SAMUEL.

¡Eb?

D. ANTONIO.

Yo la recibo con gozo.
(Una perla es la chiquita)
Mi sobrina.

D. JUAN.

Señorita....

D. ANTONIO.

D. Juan de Aguilar.

PEPA.

(¡Buen mozo!)

D. ANTONIO.

Apreciable amigo mio.

D. LINDORO.

¡Qué sea vd. tan ingrata, (*Hablando bawando su ausencia nos mata jo á Pepa*)
que nos deje así!

PEPA.

Confío

en que no será tan grave
el estrago. Recibí
el ramo de flores.

D. LINDORO.

¡Sí?

PEPA.

Y el libro de vd.

D. LINDORO.

(No cabe
en el juicio tal presente.)

D. SAMUEL.

¿Y leyó vd. algo?

PEPA.

¿Yo?

(¡Qué idea!) Todavía nó.

D. LINDORO.

¡Qué hombre tan impertinente!
Y con tan raro trágin; [*A D. Juan*].
¿pues no le ocurre creer,
que puede Pepa leer
un libro viejo en latin
del cual le hizo regalo?
¿Gustaron á vd. las flores? [*A Pepa*].

D. JUAN.

[Pues son dos adoradores
á lo que parece].

D. SAMUEL.

[¡Malol!

Ya se acerca este moscon!]

D. LINDORO.

¡Qué linda es vd., Pepita! [*bajo á ella*].

D. SAMUEL.

[¡Oh! me fastidia, me irrita!]

D. LINDORO.

¡Siento tan dulce emoción!...

D. SAMUEL.

¿Creerá vd. que á su edad, [*A D. Juan*]

aun está soñando amores,
y le dice á Pepa flores?
¡Es una barbaridad!

PEPA.

Ciertamente he apreciado
ese ramo tan hermoso
como el emblema gracioso....
[Es guapo el recién llegado].

D. SAMUEL.

Vd. irá comprendiendo,
si lo lee....

PEPA.

Lo leeré
por supuesto, ¡ya se vé!
[Pues, señor, estoy mintiendo
sin temor y sin conciencia].

D. JUAN.

¡La muchacha es muy graciosa
y fresca como una rosa!].

PEPA.

¡Oh! vale tanto la ciencia,
aunque la aprecien tan poco
los ignorantes....

D. LINDORO.

Pepita;

¡Qué preciosa manecita!

D. ANTONIO.

[Hoy voy á volverme loco]

[Se acerca D. Lindoro haciendo piruetas á Pepa, Por el otro lado se acerca á pasos acompasados D. Samuel. Pepa, ve á uno y otro, con aire burlon significativo. D. Juan observa desde una estremidad. D. Antonio se encuentra en la otra, sumido en sus pensamientos. Cae el telón.]

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

PEPA, INES.

INES.

Pero si no es vd. franca....

PEPA.

Si lo soy ¡válgate Dios!
¿No te digo que hasta el fondo
del alma me conmovió,
de su fogosa mirada
la apasionada expresion?
¿No te he dicho que sentia,
al sonido de su voz,
pálpitar enagenado
de dicha mi corazon?

Yo que desdeñosa y fria [*Con ligereza*]
no supe lo que era amor
hasta ahora, siento, Inés,
que esta furiosa pasion,
acabará con mi vida,
cual con mi paz acabó.

INES.

Búrlese vd.; yo bien sé
que es el partido mejor
para ocultar fácilmente
una profunda emocion;
búrlese vd. Entre tanto
sabe vd. mejor que yo,
que piensa mas en D. Juan . . .

PEPA.

¡Qué en D. Lindoro?

INES.

¡Qué horror!
¡Y puede vd. ni un momento
hacer tal comparacion?

PEPA.

Pero en fin, ¿qué es lo que quieres?
Estas extraña, por Dios . . .
Si te hago de mi ternura,
la sincera confesion,

si te digo que una dicha
que nunca el alma probó,
con su fulgor peregrino
ilumina el corazon
al ver á D. Juan, no quieres
creerme, dices que no
hablo de veras, que quiero
ocultarte mi impresion,
exagerándola: digo
que es un hombre encantador
D. Lindoro, y cual si hubiera
dicho una blasfemia atroz,
alzas los ojos al cielo,
suspiras y. . . . ¡qué sé yo!

INES.

Yo quiero que vd. me diga
francamente su opinion
sobre D. Juan; si le agrada,
si le simpatiza. . . .

PEPA.

¡Oh!

por supuesto.

INES.

Si en el caso
de que cual los otros dos

sintiera algo por vd.
desdeñara vd. su amor,
ó corresponder pudiera
con una tierna pasion
su, . . .

PEPA.

No estamos en el caso.

INES.

Quien calla. . . .

PEPA.

Dice que nó. . . .

INES.

Entonces miente el proverbio
sin conciencia, sí señor;
yo habia sabido siempre
que el que calla concedió;
pero no habia caído,
vd. que con tal calor
hace un momento me hablaba
de la dulce sensacion
que le causa su presencia. . . .

PEPA.

¿Qué?

INES.

Muy pronto lo olvidó;

y no solo fué una burla
ese pretendido amor,
sino que vd. cree ahora,
que no consiguiera el don
humilde de su cariño,
conmover en su favor
el alma yerta, insensible
de vd.

PEPA.

¿No tengo razon?
Suponiendo que ese jóven,
que no me ha dicho una flor
siquiera, pudiera amarme,
lo que aquí para entre nos,
bien raro me pareciera.

INES.

¿Por qué?

PEPA.

Fuera muy precoz
y repentino cariño....

INES.

Está vd. en un error;
El cariño verdadero,
entra así de sopeton.

PEPA.

¡Ah! Pues bueno; ya supongo

que amante me consagró
el afecto mas profundo....

INES.

Muy justa suposicion.

PEPA.

En primer lugar, le tengo
al amor un miedo atroz;
y en segundo, que seria
ingratitude, que perdon
no mereciera, pagar
con tan terrible dolor
del amable D. Lindoro
la sincera adoracion,
de D. Samuel la ternura....

INES.

¡Ay! por el amor de Dios,
no me hable vd. de esos hombres.

PEPA.

Es que te causan pavor?

INES.

Casi, casi. Por no ver
ese tieso fantasmon
de D. Samuel, con un traje
del tiempo en que el rey rabió,
los cabellos en desorden

y ese aire de proteccion;
siempre hablando de sus libros,
siempre ahuecando la voz
se puede pagar. ¿Y el otro?
con su vestido chillon
con sus eternas piruetas,
con el subido color
de su rollizo semblante,
con sus flores y... su tos,
que no hay agua de borrajas,
pastillas ni lamedor
que aplacársela consigan....
¡Si es de dar un sofocou!

PEPA.

Pues no te han caído en gracia....

INES.

Ni me caerán nunca. Yo
prefiero al otro.

PEPA.

Parece
que ha ganado tu favor
D. Juan.

INES.

Como que es buen mozo,
amable, joven, y no

una biblioteca andando,
ni un insípido moscon....
Entre un viejo mentecato,
que aun se imagina en la flor
de su existencia, y un joven
cuya mas dulce ilusion,
es echarse años encima,
no sé cual sea peor.
El D. Juan es muy distinto,
muy guapo ¿no lo observó
usted?

PEPA.

Si solo ha venido
dos veces; y entre las dos,
no le he hablado tres palabras....

INES.

Pero si no se tapó
vd. los ojos....

PEPA.

Parece
que tú....

INES.

Sería un dolor...

PEPA.

(Yo no sé por qué me corto
con esta conversacion).

INES.

Fuera lástima, repito,
que tuviera vd. valor
para no verlo; es buen mozo....

PEPA.

¡Sí?

INES.

Y tiene una expresion
de bondad en el semblante....

PEPA.

[Cierto].

INES.

Cuando se acercó
á vd. con tanta franqueza
D. Lindoro, y el feroz
D. Samuel le recitaba
aquella eterna cancion,
no le hacía mucha gracia....

PEPA.

¿De veras?

INES.

Se le notó....

¡Ay! oigo pasos.

PEPA.

¿Qué tienes?

¿Por qué te asustas?

INES.

Me voy;

que si fuera D. Antonio,
ya tenia yo funcion
una hora. Me diria
que una doncella no dió
nunca rienda á las locuras
de ociosa conversacion;
que es preciso aprovechar
el tiempo que huye veloz;
y por final me enviaba
á continuar mi labor. [*Vase por la de
recha*].

ESCENA SEGUNDA

PEPA. D. LINDORO por el fondo, con un Cupido
de cera.

D. LINDORO.

Traigo á vd. aquí un obsequio,
que mi amante corazon,

ofrece á vd. cariñoso,
bella Pepita.

PEPA.

¿Una flor?

D. LINDORO.

Un Cupidito de cera.

PEPA.

[¡Vaya un obsequio!]

D. LINDORO.

Sé yó
que hago mal en darlo á vd.

PEPA.

¿Por qué?

D. LINDORO.

Porque auida amor
en esos ojos radiantes,
que ofuscan la luz del sol;
y si hace un solo Cupido
tanto daño, ¿qué harán dos?

PEPA.

Está vd. galante.

D. LINDORO.

¿Cómo
no estarlo, si la impresion

que me causan los encantos
de vd., el abrasador
fuego que enciende en el alma,
la dulce contemplacion
de ese semblante divino,
de esa boca que robó
á la rosa la frescura....

FEPA.

¿Sí?

D. LINDORO.

Y al carmin el color,
me vuelven loco....

FEPA.

[Parece
al menos].

D. LINDORO.

Nada soñó
la imaginacion mas bello,
que el celestial resplandor
de esos ojos, esa risa
que ilumina el corazon,
esa frente de alabastro
do la inocencia grabó
su dulce sello....

PEPA.

(No falta
mas que la declaracion
con una rodilla en tierra,
ya el prólogo concluyó).

D. LINDORO.

¡Sabe vd. lo que queria
decirle mi corazon,
al hacerle ese regalo?

PEPA.

¿Qué?

D. LINDORO.

Siendo el dios del amor
Cupido, quise expresarle
con ese tímido don,
mi profundo sentimiento....

PEPA.

Sí, nunca he dudado yo
de la amistad verdadera
que inspiro á vd; no señor....

D. LINDORO.

¡Amistad? pero no he dicho....

PEPA.

Amistad, rayo de sol
que inunda el alma. [No sé
lo que digo].

D. LINDORO.

Pero no
me comprende vd.

PEPA.

[No quiero
comprenderte, que es peor].

D. LINDORO.

O es que me explico muy mal,
ó es que vd. no me entendió....

PEPA.

Agradezco vivamente
con todo mi corazón,
ese afecto verdadero,
ese cariñoso ardor
con que anhela vd. mi dicha.
(Aunque tenga que hablar hoy
todo el día, no lo dejo
que se declare)

D. LINDORO.

Per Dios,
escúcheme vd. [Se ha visto
taravilla]. Mi pasión....

PEPA.

Es lo mas tierno y mas santo

la amistad divina ¡oh!
á mí me encanta.

D. LINDORO.

Pepita....

PEPA.

Es la mas grata impresion
que puede sentir el alma,
escuchar la dulce voz
de ese afecto delicioso.

D. LINDORO.

Pepita.... [¿Qué tiene hoy?]
Yo quisiera....

PEPA.

Peregrino....

D. LINDORO.

[No acaba.... ¡pero es atroz!]

ESCENA TERCERA.

Dichos, D. SAMUEL por el fondo.

D. SAMUEL.

A los pies de vd., Pepita....

[¡Hum! Ya se me adelantó
este zângano].

D. LINDORO.

¡Hola amigo

D. Samuel!

D. SAMUEL.

Muy servidor
de vd.

D. LINDORO.

[¡Ay qué mala cara!]
¿Está vd. enfermo?

D. SAMUEL.

Nó.

D. LINDORO.

Decididamente el sábio [*Bajo á Pepa*].
está de muy mal humor.

D. SAMUEL.

¡Comenzó vd. á leer... (*A Pepa*).

PEPA.

Sí... comencé... (¡Santo Dios!
¿qué le diré á este hombre?)

D. SAMUEL.

Debe
vd., Pepa á quien dotó,
el cielo de inteligencia
tan despejada....

PEPA.

Es favor
de vd.

D. SAMUEL.

Hallar un gran goce
en su lectura....

PEPA.

Sí, yo....
(No sé por qué no me encuentro
ahora en disposicion
de soportarlos).

D. LINDORO.

¡Oh Pepa!
Es vd. la hermosa flor
que mi existencia embellece,
que encanta mi corazon.

D. SAMUEL.

¿Qué tiene vd. en la mano?

PEPA.

Un regalo del señor....

D. SAMUEL.

¿Y qué regalo? ¿Un muñeco!
¿Se puede saber, por Dios,
D. Lindoro, en qué pensaba

vd., cuando le ocurrió
dar ese trasto á Pepita?

D. LINDORO.

¡Le parece á vd. que son
mas útiles, por ventura,
los libros con que obsequió...?
El de griego sobre todo....

D. SAMUEL.

Hágame vd. el favor
de no hablar de esa manera,
D. Lindoro.

D. LINDORO.

[Se picó.

Me alegro mucho; me aburre
con su nécia pretension].

D. SAMUEL.

(Mira á Pepa demasiado).

D. LINDORO.

Cuando este prójimo entró, (*Aparte á*
estaba vd. ruborosa, *ella*).
trémula; la agitacion
de vd. se manifestaba

bien, en el vivo color
de su semblante....

PEPA.

(¿Qué dice?)

D. LINDORO.

Cálmese vd.

PEPA.

Pero yo....

(Si cree que me conmueva
su tierna declaracion,
está fresco).

D. LINDORO,

(Cuando pienso
que osa aspirar al amor
de Pepa este majadero....)

D. SAMUEL.

¡Y D. Antonio?

PEPA.

Salió.

D. SAMUEL.

Cuando vd. concluya el libro,
si quiere vd. otro, estoy
leyendo una obra sublime,
interesante.

D. LINDORO.

¡Qué horror! (*Bajo á Pepa*).

Mándelo vd. á paseo
con sus libros, y....

D. SAMUEL.

Veloz

pasa el tiempo....

D. LINDORO.

¡Dios nos guarde! (*Bajo á Pepa*).

Vamos á tener lección
y sabe el cielo en qué idioma....

D. SAMUEL.

Y no creo que mejor,
pudiera emplearse nunca,
que en adquirir la instrucción,
la ciencia; don saludable,
sublime, consolador....

La juventud, la belleza,
dotes pasajeros son,
que una enfermedad destruye,
que con su mano feroz,
hace pedazos el tiempo
implacable y destructor.

Pero la sabiduría,
la ciencia, Pepita, ¡oh!
manantial de eternos goces....

D. LINDORO.

Haga vd., ángel de amor, (*Aparte á*
porque se marche ese nécio. *Pepa*).

PEPA.

¿Para qué?

D. SAMUEL

(Me interrumpió
en lo mas interesante.
Ya me cansa ese señor
con su eterno cuchicheo).

PEPA.

[Me han fastidiado los dos;
pero el viejo sobre todo....]

D. LINDORO.

(Yo me atrevo) ¡Qué primor
de manita!

PEPA,

¡D. Lindoro!

—D. Samuel, está vd. hoy
pensativo ¿está vd. malo?

D. SAMUEL.

Nó, Pepita, nó. (¡Qué voz
tan dulce!)

PEPA.

Me parecís....
¿O está vd. de mal humor?

D. LINDORO.

(¡Cómo me aburren los sábios!
Parece que se enfadó
porque le quise tomar
una mano. Pues señor,
Pepa tiene algo, no hay duda).

D. SAMUEL.

(Con qué afectuosa expresion
me habla hoy. Si me atreviera....)

PEPA.

¡Ya se siente vd. mejor?

D. SAMUEL.

Al lado de vd., Pepita....

D. LINDORO.

[¡Y es galante el Salomon!]

PEPA.

(¡No se irán en todo el día?)

D. SAMUEL.

(¡Si declarara mi amor!)

ESCENA CUARTA.

Dichos, D. ANTONIO por el fondo.

D. ANTONIO.

Amigos.... ¿Qué haces aquí,
niña?

PEPA.

Dar conversación
á estos señores....

D. ANTONIO.

Es falta (*Bajo á ella*).
de recato y de pudor
en una niña, quedarse
sola con los hombres.

PEPA.

Yo....

D. ANTONIO

Me canso de repetirte
que la buena educacion,
manda á una jóven que guarde
limpia y pura como el sol,
su fama.

PEPA.

Pero yo, tío....

D. ANTONIO.

Y no es el medio mejor
de conservarla, exponerse
por falta de reflexion,
á los pérfidos ataques
de malas lenguas....

PEPA.

Señor,
fué casualidad tan solo.
Cuando D. Lindoro entró,
estaba yo concluyendo
de arreglar....

D. ANTONIO.

¡Sea por Dios!
Que no vuelva á suceder.

PEPA.

Nunca, tío....

D. LINDORO.

[La riñó
el viejo segun parece].

D. SAMUEL.

¿Y los negocios?

PEPA.

Me voy.

(Pero si D. Juan viniera....
Yo quiero verlo).

D. LINDORO.

Perdon,
Pepita; mas yo querria
saber si se conmovió
usted....

D. ANTONIO.

Retírate, Pepa.

PEPA.

Voy al momento....

D. LINDORO.

[¡Hombre atroz!]

PEPA.

Con el permiso de ustedes.

D. LINDORO.

¿Y qué, tiene vd. valor
de dejarnos?

PEPA.

Vuelvo luego. [Yéndose].

D. LINDORO.

Pero....

D. SAMUEL.

Vaya vd. con Dios....

ESCENA QUINTA.

Dichos, menos PEPA.

D. SAMUEL.

¿Con que siguen siempre mal
los negocios?

D. ANTONIO.

¡Ay de mí!

Desgraciadamente sí.
Una suerte bien fatal
es, á la verdad, la mía;
y tener hoy que arreglar
un negocio, y confesar
á Aguilar esta agonía
en que me hallo, es fuerte cosa....

D. LINDORO

Terrible, dice vd. bien.

D. ANTONIO.

¿A quién acudir, á quién,
en situacion tan penosa?

D. SAMEUL.

Calma, D. Antonio, calma; [*En tono
de nada puede servir magistral*].
afligirse.

D. ANTONIO.

De sufrir
y de achicharrarse el alma....

D. SAMUEL.

Calma, vd. mismo confiesa
que con gemir y quejarse,
nada puede remediarse;
paciencia, pues....

D. LINDORO.

¡Buena es esa!

Predica vd. sin cesar;
paciencia y resignacion,
cual si fuera una afliccion,
tan fácil de consolar;
cual si en la cruda violencia
de abrumante desventura,
se tuviera la frescura
de pensar en la paciencia.

D. SAMUEL.

Hombre, ¡por Santa María!....
¡Que siempre haya vd. de abrir
la boca para decir
sondeces!

D. LINDORO.

¡Por vida mía!

D. SAMUEL.

Sí, señor; á toda hora
contrariando la experiencia,
desmintiendo de la ciencia
las luces....

D. LINDORO.

Ya me encocora
vd. con su ciencia....

D. SAMUEL.

Si;
la desventura mayor,
es, sumido en el error,
pasar la existencia, así,
sin objeto. ¡Qué es la vida,
de ese modo consagrada
á frivolidades? Nada....

D. LINDORO.

¡Pues! cosa inútil, perdida

D. SAMUEL.

Para el mísero ignorante
como vd....

D. LINDORO.

Gracias.

D. SAMUEL.

Que pasa

de goces la vida escasa,
sin salir un solo instante
de su insípido sosiego,
no hay ciencia ¿qué ha de saber
del sol, que no puede ver
el desventurado ciego?

D. ANTONIO.

D. Samuel....

D. LINDORO.

No haga vd. caso:
ni no sabe lo que dice....

D. SAMUEL.

¡Ay! es vd. infelice.
Quien no sabe....

D. LINDORO.

Si yo paso
en insípido sosiego,
la vida ¿qué será él?
Si vd. piensa, D. Samuel,
y piense vd., se lo ruego,
con cachaza, en su manera
ridícula de vivir,
no pudiera vd. decir
lo que me ha dicho.

D. SAMUEL.

¡Quimera!

D. LINDORO.

Vd. dice que entregado
á mi culpable indolencia,
paso triste la existencia,
de todo goce privado.
¿Qué diré del que se encierra
con libroles todo el día,
y no se conmovería
ni con un temblor de tierra?

D. SAMUEL.

No sea vd. majadero,
no compare vd., por Dios,
la existencia de los dos.
La de vd. ¿es útil?

D. ANTONIO.

Pero....

D. SAMUEL.

Yo siempre me sé ocupar
de algo interesante.

D. LINDORO.

¿Eh?

D. SAMUEL.

Y vd. ¿qué sabe?

D. LINDORO

Yo sé....

D. SAMUEL.

Decir flores y bailar;
y en edad en que debiera
pensar en cosas maduras,
y olvidar esas locuras
extravagantes.

D. LINDORO.

¡Quimera!

D. SAMUEL.

¿No queda vd. convencido?
¿No puede vd. entender
lo que quiero hacerle ver?

D. ANTONIO.

Pero señores....

D. LINDORO.

Ya he oído
con mucha cachaza, á fé,
salidas tan injuriosas.
Es preciso ver las cosas
no así como vd. las ve
que es una barbaridad;
sino como el hombre atento,
que es adorno y no tormento....

D. SAMUEL.

¿Cómo?

D. LINDORO.

De la sociedad....

Una muger, me imagino,
que preferirá en rigor,
un hombre que hable de amor,
á un libro de pergamino.

Lleno de sabiduría
estará vd., no lo dudo;
pero vd. si no está mudo
dice una majadería.

En una alegre reunion,
sentado junto á una bella
¿qué cara le pondrá ella
si le habla vd. de Platon?
¿Qué muger pudiera, en fin,
pagar su amorosa llama,
si le dice vd. que la ama
en un discurso en latin?

D. SAMUEL.

Oiga vd....

D. ANTONIO.

(¡Dios nos asista!)

D. SAMUEL.

No comprende vd. que soy....

D. LINDORO.

Por no oír á vd. me voy.

—D. Antonio, hasta la vista (*Vase precipitado por el fondo*).

ESCENA SESTA.

D. ANTONIO, D. SAMUEL.

D. SAMUEL.

Perdone vd. D. Antonio;
tal vez imprudente he sido:
yo creo que me he excedido;
pero me lleva el demonio
cuando oigo desatinar
de ese modo á D. Lindoro
y lo veo así el tesoro
de la ciencia despreciar....

D. ANTONIO.

Vd. que sabe, tal vez,
mejor que yo, que á su edad
no posee, á la verdad,

la debida madurez
D. Lindoro, no debiera
ser tan poco tolerante....

D. SAMUEL.

¡Si el verlo tan ignorante
es lo que me desespera....!
¡No ve que pasa los dias
en ociosidad penosa,
y que no sabe otra cosa
que decir galanterías?
Por lo mismo que su edad,
es ya seria y respetable,
es doblemente culpable
por tanta frivolidad.
¡Tuviera la discrecion
siquiera de conocerlo!

D. ANTONIO.

(Sin comerlo, ni beberlo,
voy á llevar el sermón).

D. SAMUEL.

¡Está el mundo tan perdido!

D. ANTONIO.

Ciertamente.

D. SAMUEL.

¡Quién creyera

que á sus años no tuviera
ni sombra de buen sentido?

D. ANTONIO.

(¡Cuán cierto es aquel refrán,
de sabiduría lleno:
vemos en el ojo ageno
la paja....).

D. SAMUEL.

¿Cómo podrán
vivir en esa ignorancia?

D. ANTONIO.

Descuidada educación.

D. SAMUEL.

No siempre los padres son
buenos guías de la infancia....
Si yo tuviera algun día
hijos....

D. ANTONIO.

(No quisiera estar
por todo el mundo, en lugar
de sus hijos).

D. SAMUEL.

Les daría
una educación brillante,

y cada uno de ellos fuera
desde que hablar aprendiera,
lo que su padre.

D. ANTONIO.

(Un pedante).

D. SAMUEL.

Pues, señor, tengo un tormento.

D. ANTONIO.

¿Y cuál es?

D. SAMUEL.

Es, que á pesar,
de lo que me hace rabiar
D. Lindoro, mucho siento
que se haya ido enfadado:
es amable compañero....

D. ANTONIO.

Es verdad.

D. SAMUEL.

Y yo lo quiero.
¡Pues estoy mortificado!
¿A dónde iría?

D. ANTONIO.

No sé.

Partió muy rápidamente....

D. SAMUEL.

¿Por qué se pica la gente
por tan poco?

D. ANTONIO.

¡Ya se vé!

[No tengo cabeza ahora
para oír su algarabía].

D. SAMUEL.

Como tiene la manía
de decir que lo encocora
la ciencia, me desespera
á veces; por lo demas
es muy amable, jamas
me ha ofendido. Yo quisiera
saber donde puede estar.

D. ANTONIO.

Ha ido á alguna visita
sin duda.

D. SAMUEL.

¿Estará Pepita
visible? Antes de marchar
en busca del fugitivo,
decir á Pepa querria
adios.... Pues no merecia
¿no es verdad? ese motivo

tan ligero, semejante
arrebato. Se enfadó,
no me cabe duda; y yo
no puedo estar un instante
sin él.

D. ANTONIO.

Pero es, en verdad,
muy extraño. Yo creía
que muy poca simpatía....

D. SAMUEL.

Es una fatalidad
para mí; mas, tiempo hace,
que estoy tan acostumbrado
á que esté siempre á mi lado....

D. ANTONIO.

[Es porque te satisface
tener siempre algún oyente
aunque sea un ignorante,
que soporte á cada instante
el insufrible torrente
de tu rancia y fastidiosa
sabiduría].

D. SAMUEL.

A tratar
de convencer y aplacar,

voy ahora.... ¡Es fuerte cosa
que se disgusten así,
por simplezas! Sí señor....
Hágame vd. el favor
de despedirse por mí,
de Pèpita cortesmente.
Si lo encuentro volveré
muy pronto. [*Vase por el fondo*].

D. ANTONIO.

[Lo sentiré.
¡Qué hombre tan impertinente!]

ESCENA SETIMA.

D. ANTONIO.

¡Válgate Dios! ¡qué cansado
y fastidioso es tener
que soportar una hora
un hombre como este! ¡Qué
paciencia resistir puede
el acopio de sandez,
que por nuestro mal encierra,

su decantado saber?
Y no se halla mi cabeza
en disposicion á fé
de escuchar sus necedades,
ni sus citas en inglés,
y en griego, ó en qué sé yo.
Estoy muy inquieto; bien
que, gracias á D. Lindoro
que genoroso y cortés,
ha tratado de servirme,
algo mi angustia cruel
ha calmado. Sin embargo
aun á la verdad, no sé
como salir del apuro
de esta situacion ¿qué hacer?
A declarar á Aguilar
no sé si me atreveré,
las penosas circunstancias
que me rodean. Tal vez
diferir fuera prudente
esta confesion, y ver
si con la suma que deben
entregarme hoy, podré
pagar, como lo deseo,
esta otra deuda tambien.
No creia á D. Lindoro,

por cierto, capaz de ser
tan consecuente, tan fino;
ni de ver con tal desden,
cual lo ha hecho en este caso,
un negocio de interés.
—Voy á salir un momento.
¿Pero Pepa? La veré.
Temo haberla lastimado
hace un instante. Ella es
una niña solamente
que entró á la existencia ayer;
y de muy distinto modo,
en su infantil candidez,
de como las ve el anciano,
debe ella las cosas ver.
Pepa....

PEPA.

¿Tío? [Dentro].

D. ANTONIO.

Ven acá,
hija mía.

PEPA.

Mande vd.

ESCENA OCTAVA.

DA ANTONIO, PEPA por la derecha.

D. ANTONIO.

¿Qué hacías, hijita?

PEPA.

Estaba [*Se acerca cor-*
son una pobre muger toda y con los
que me pedia limosna: ojos bajos].
es viuda y tiene seis
criaturas. La mas chica
tiene cinco meses; ¡y es
tan bonita y tan graciosa!

D. ANTONIO.

Dios te conserve ese buen
corazon, sobrina mia,
toda tu vida, y te dé
siempre, en aliviar las penas,
el mismo dulce placer.

PEPA.

¿Quería vd. algo, tío?

D. ANTONIO.

¿Ya quieres irte? ¿Por qué?

PEPA.

Como vd. desaprobó....

D. ANTONIO.

Acércate acá, muger.
¡Guardamos rencor ahora
al tío? Eso no está bien.

PEPA.

No señor; pero vd. sabe,
¿no es verdad? que no intenté
jamás causarle un disgusto;
y si pudo vd. creer....

D. ANTONIO.

¡Eh! no digas necedades.
¡Soy un chiquillo también
como tú, para pensar....
¿Cómo pudieras temer
que quisieras disgustarme?
Ni un momento lo pensé.
Has obedecido siempre,
atenta, sumisa y fiel,
los preceptos de tu tío,
que solo anhela tu bien.
Eres la última esperanza
de el corazón coloqué;
el consuelo y el apoyo

de mi cansada vejez;
eres del sol de la dicha
el reflejo postriner,
que puro y brillante dora
la mística y marchita sien
del anciano que al sepulcro
camina con rapidez....

PEPE.

Mi buen tío....

D. ANTONIO.

Brusco á veces,
te lastimo sin querer;
otras muchas contrario,
tu inclinacion ¡ya se vé!
yo estoy al fin de la senda
que tú vas á recorrer,
y los peligros conozco
que en tu ignorancia no ves.
Si el mundo fuera, hija mia,
como nos lo hacen creer,
los peregrinos ensueños
de candorosa niñez;
seria mansion dichosa,
risueño y grato vergel,
donde flores sin espinas

tan solo alcanzara á ver
nuestra vista destumbrada
por la dulce brillantez
de una falaz esperanza
que huye para no volver.
Pero no es así, por cierto;
el engañoso tropel,
de mentidas ilusiones
que ornan nuestra pura sien
en la aurora de la vida
de rosas y de clavel;
desvanecerse una á una,
triste el corazon las ve,
al soplo del desengaño
que nos arranca cruel,
con los pedazos del alma
de la existencia la fé....
¿Te asusta esa perspectiva?
¡Pobre niña! ¿qué has de hacer
en tu cándida inocencia,
en tu dulce sencillez,
sino afligirte á ese cuadro
que, por desgracia, no es
sino muy exacto?

PEPA.

Tío....

D. ANTONIO.

Por eso siempre temblé
y tiemblo á la triste idea
de que puedas padecer.
Por eso quiero evitarte,
á todo trance y tal vez
con rudeza, los peligros
á que te puede exponer
tu candorosa ignorancia.
Y por eso cree vd. [*Con tierna gravedad*].
á veces que no la quiero, *dad*].
señorita. . . .

PEPA.

¡Yo?

D. ANTONIO.

Sí, á fé.

PEPA.

¡Oh, nó! Muy ingrata fuera
si pudiera suponer,
que vd. no me amaba, tío,
con tierno afecto. Yo sé
que ha sido vd. para mí,
desde mi tierna niñez,
cuanto un padre cariñoso
puede para un hijo ser.

Vd. velaba mi sueño,
cuando herida por cruel
enfermedad, á las puertas
del sepulcro me encontré.
V., tierno y cariñoso,
por calmar mi padecer,
tomaba parte en mis juegos
de niña; y en fin, vd.
para su huérfana amada,
padre y madre á un tiempo fué.

D. ANTONIO.

Y esa flor ozlana y fresca
que bajo el abrigo fiel
de mi paternal cariño
tan bella supo crecer;
esa flor que cuidadoso,
del viento y del sol guardé,
porque el sol puede abrasarla,
y la tempestad romper
su blando tallo, que inclina
del céfiro á la merced;
esa cándida paloma
á quien un nido formé
en mi corazón de padre,
queriéndola defender
del astuto gavilán

y de la traidora red
del cazador; esa niña....

PEPA.

¡Amado tío!....

D. ANTONIO.

Que fué
el mas precioso legado,
el inapreciable bien,
que su padre moribundo
recomendara á mi fé;
esa niña á quien he amado,
cual la hubiera amado él,
¿he de mirar algun dia,
abatida padecer?
¿he de verla desolada
y triste, apurar la hiel
de los dolores, que el mundo
malvado sabe ofrecer?
¡Oh! ¿no lo permita Dios!
Por eso rudo me ves
apartar de tú camino,
cuanto me hace temer
algun daño para tí....

PEPA.

Mi buen tío, ya lo sé.

D. ANTONIO.

Por eso evito que venga
almibarado doncel,
á hacer á tu alma de niña
un afecto conocer
que ofrece en caliz dorado,
lágrimas, veneno y hiel.

PEPA.

(¡Ay Dios!)

D. ANTONIO.

Y por eso, hija mía,
cuando te veo tambien
algo ligera y coqueta....

PEPA.

¡Yo?

D. ANTONIO.

Sí; trato de vencer
esa inclinacion opuesta
á la dulce sensatez
de una jóven recatada,
y que te puede traer,
aunque tu no lo conozcas,
muchos pesares tambien.

PEPA.

Tio....

D. ANTONIO.

Mas basta de consejos,
que tengo ahora que hacer.
Voy á salir un instante....

PEPA.

¿Ya se va vd.?

D. ANTONIO.

Volveré

dentro de un momento. Adios.

¿Ya estás contenta?

PEPA.

¿Y creer

pudo vd., tio?....

D. ANTONIO.

Hasta luego.

(¿Qué dulce y amable es!)

ESCENA NOVENA.

PEPA.

PEPA.

¡Pobre tio! Es, en verdad,
excelente ~~pariente~~ *pariente para vos*;

y me quiere mucho, sí;
pero su severidad
me inspira á veces tal miedo,
que por mucho que me afano
es todo mi esfuerzo vano
y dominarlo no puedo.
Es fuerza disimular,
ocultarle lo que siento,
y me da remordimiento
cuando lo oigo expresar
de ese modo su ternura...
¿Por qué no ha de comprender
que soy jóven y muger,
que lo que él llama locura,
es cosa muy natural?
y no soñarme en su anhelo
de perfecciones un cielo;
y encontrarlo todo mal
¿Que culpa tengo en hallar
en cualquiera niñería,
goce, contento, alegría?
No lo puedo remediar.
Burlarme de D. Lindoro
y reir de D. Samuel:
si este predica, y si aquel
me suspira un "yo te adoro;"

es muy grata diversion;
y que perdone mi tío
que lo llama desvarío,
me refresca el corazón.
¡Hacen tan triste figura,
el uno con sus sermones,
y el otro con sus canciones
de pasión y de ternura!
Y se queda tan creído
por su lado cada cual,
que es el dichoso mortal
que mi pecho ha conmovido;
que preciso fuera ser
para quedarme serena,
una santa, y soy con pena
solo una pobre muger.
Porque se pone tan feo,
cuando asuntos de amor toca,
D. Lindoro, me sofoca
la risa cuando lo veo.
¡Ay! él me llama cruel
con mil variados acentos;
mas creo en esos momentos,
que prefiero á D. Samuel,
con su levita anticuada,
su enmarañado cabello,

y los picos de su cuello,
y su ciencia desdichada

ESCENA DECIMA.

PEPA, D. JUAN, despues INES por el fondo

D. JUAN.

Señorita....

PEPA.

(¡Ay! ¡Aguiler!)

D. JUAN.

¿D. Antonio?

PEPA.

De salir

acaba.

D. JUAN.

(¡Me debo ir!)

O....)

PEPA.

¿No gusta vd. ~~de~~ pasar?

D. JUAN.

Yo....

PEPA.

Dijo que volvería
al instante.

D. JUAN.

Esperaré. (*Sentándose*).

(*Es linda y graciosa á fé
como un ángel*). Yo creía
encontrarlo; me citó
para un negocio importante.

PEPA.

Estuvo hablando un instante
conmigo y despues salió.

INES.

¡Señorita? (*Por la izquierda le habla
bajo*).

PEPA.

Ten cuidado,
no te separes de aquí
si viene mi tío....

INES.

Sí;

ya. (*Vase por el mismo punto*).

PEPA.

Que te encuentre á mi lado....

—¿Y qué tal le ha parecido
á vd. Méjico?

D. JUAN.

Me agrada,
aunque aun no he visto nada
particular. He salido
muy pocas veces.

PEPA.

¿Por qué?

D. JUAN.

He tenido que arreglar
papeles y que esperar
las personas que cité
para un negocio. Además,
como estoy recién llegado,
sin relaciones....

PEPA.

Ha hallado
vd. inútil quizás
admitir....

D. JUAN

Nó, ciertamente.
Mañana en la noche iré
á una tertulia, y haré
que un amigo me presente

á otras personas. Teniendo
relaciones amistosas....

PEPA.

Hay jóvenes muy hermosas:
verá vd.

D. JUAN.

Ya lo estoy viendo.

PEPA.

(¡Ah! es galante).

D. JUAN.

(Está cortada).

PEPA.

(No sé qué hablar). No sabia,
hasta este instante, que habia
tertulia.

D. JUAN.

Sí, y destinada
á celebrar la ventura,
según dicen, el contento....
y yo digo que el tormento
de una pobre criatura.

PEPA.

Que....

D. JUAN.

Tiene lugar mañana

la ceremonia nupcial
que une en lazo fatal
á mi entender, á la hermana
de un amigo mio, Antonio
de....

PEPA.

¿Tiene vd., pues, la idea
de que es difícil que sea
venturoso un matrimonio?

D. JUAN.

Lo digo porque el futuro
es muy tonto, viejo y feo,
y en tal union solo veo
el infortunio seguro
de la muchacha. Si fuera
otro el novio á la verdad....

PEPA.

¿Mayor probabilidad
de felicidad, creyera
vd. entonces que habria?

D. JUAN.

Por supuesto. Que ¿vd. nó?

PEPA.

Mal voto puedo ser yo.
Pero á mí me parecia,

que ni viejo, ni galán
hay hombre que pueda hacer
la dicha de una mujer.

D. JUAN.

Gracias.

PEPA.

Yo no hablo, D. Juan
por vd.

D. JUAN.

Nó, no ha nombrado
vd. personas, me toca
de rechazo, así.... [¡Qué boca
tan graciosa!]

PEPA.

No he intentado....

D. JUAN.

Unidos de corazones
por una inmensa ternura,
la felicidad mas pura....

PEPA.

¿No se hace vd. ilusiones?

D. JUAN.

Si el justo temor de ser
indiscreto, no tuviera
yo....

PEPA.

¿Qué?

D. JUAN.

Una pregunta hiciera.

PEPA.

Bien la puede vd. hacer.

D. JUAN.

¿No ha amado vd. nunca?

PEPA.

Nó.

D. JUAN.

Ignora vd. el encanto....

PEPA.

Ni creo que querer tanto
sea muy divertido.

D. JUAN.

¡Oh!

PEPA.

No nací para llorar,
ni me agrada un sentimiento,
que en vez de darnos contento
nos haga desesperar.

D. JUAN.

¿No cree vd. que el amor
pueda la ventura dar?

¿No cree vd. que es amar....

PEPA.

Pero....

D. JUAN.

La dicha mayor?

PEPA.

Si el justo temor de ser
indiscreta, no tuviera,
la misma pregunta hiciera
que temia vd. hacer.
¿No ha amado vd. nunca?

D. JUAN.

¿Yo?..

Es difícil contestar.
A veces se cree amar
y solo....

PEPA.

¿Y no se ama?

D. JUAN.

Nó.

Cuando entrando á la existencia,
sueña nuestro corazon
de una dorada ilusion
con la hechicera demencia,
y todo lo que miramos
bajo su tinta engañosa
lo vemos color de rosa,
creemos, Pepa, que amamos.

PEPA.

[¡Pepa! Pues me agrada mas
que me llame de ese modo:
Tiene este hombre para todo,
mas gracia que los demas].

D. JUAN.

Y cuando en el ciego error
en que extasiados vivimos,
todo aquello que sentimos
lo tomamos por amor;
cuando la dulce mirada
de dos ojos brilladores,
en mil ensueños de amores
pierde la mente exaltada;
y extasiado de placer,
late el corazon novicio
y le hace perder el juicio
la risa de una muger;
ese dulce sentimiento
de la existencia ventura,
es la fuente de amargura,
el manantial de tormento
de que hablaba vd. há poco.

PEPA.

Pero no comprendo á vd.

D. JUAN.

Cuando de amor tiene sed
el corazon ciego y loco,
sigue perdido la huella
de lo que amor ha juzgado,
y en un sentimiento errado
se despedaza y estrella.
Esto no se llama amar,
que no se puede decir,
que es en realidad sentir
que se siente imaginar.

PEPA.

Así, pues, en realidad
¿hay dos clases de ternura?

D. JUAN.

Hay quien amar se figura
y quien ama de verdad.

PEPA.

¿Y vd?

D. JUAN.

¿Yo? quien á ese error,
el nombre de afecto dé,
sin duda dirá que amé.

PEPA.

(¡Ah!)

D. JUAN.

Pero eso no es amor.

PEPA.

Pues en verdad saber quiero
de esa alta sabiduría,
cómo distinguir podría
un cariño verdadero;
que si de dos corazones,
unidos por la ternura,
él uno amar se figura
en sus nécias ilusiones,
y da la casualidad,
que por su adverso destino,
el otro en mejor camino
le ocurre amar de verdad;
al despertar el que erró
del sueño desengañado,
no será tan desdichado
como el que no se engañó.

D. JUAN.

No es el verdadero amor
el que el alma inquieta siente
porque embelesó la mente
de dos ojos el fulgor;
no es cariño verdadero

ni verdadera pasión,
lo que siente el corazón
al ver un rostro hechicero;
ni el nombre de amor daré
al que antes sintiera ufano
al ver una linda mano,
ó un mono y pequeño pié:
que si el tiempo despiadado
que todo marchita y aja,
arrebata una ventaja
de las que á vd. he citado,
queda al amante fogoso
que tan vivo amor sentía,
la impresion amarga y fria
de un desengaño penoso.
Es verdadera pasión
la que en el alma se enciende,
cuando el corazón comprende
las dotes de un corazón:
cuando el eco cariñoso
de lo que nuestra alma siente,
nos despierta derrepente
de un letargo doloroso:
cuando á otros lábios oímos,
cuando ya nada esperamos,
repetir lo que pensamos,

expresar lo que sentimos;
cuando el alma, á quien insana
y mortal duda roía,
se encuentra feliz un día
al lado de una alma hermana.

PEPA.

(¡Ah!)

D. JUAN.

Perdone vd.

PEPA.

¿Por qué?

(Se expresa bien en verdad).

D. JUAN.

Toqué por casualidad
esa cuerda, y me dejé
de mi entusiasmo llevar,
pudiendo importuno ser.

PEPA.

¿Y lo pudo vd. creer?
Hace vd. mal, Aguilar.

D. JUAN.

(Linda como un querubín).

PEPA.

(¡Se expresa con tanto fuego!
¿Cómo podré sufrir luego

de D. Samuel el latín,
a insulsa galantería
le ese pobre majadero
de D. Lindoro?)

D. JUAN.

(No quiero
irme y tal vez debería)....

ESCENA UNDECIMA.

Dichos, INES por la izquierda, luego D. ANTONIO
por el fondo.

INES.

Señorita, D. Antonio (*En voz baja á
sube ya por la escalera. ella*).
Acabo de oír su voz....

PEPA.

Quédate, pues, aquí cerca
de mí.

D. JUAN.

Demasiado tiempo
he interrumpido....

PEPA.

¡Que idea!

D. ANTONIO.

Hija mía....

D. JUAN.

(Si se enfada
ahora el tío).

D. ANTONIO.

¡Qué cabeza
la mía! ¡Tú aquí esperando,
Juan?

D. JUAN.

Sí, señor; como era
la hora de la cita, vine....

D. ANTONIO.

(Mucho me alegro que Pepa
no haya estado sola). Bien, [*Bajo á ella*]
hija mía, bien; respeta
mis consejos como debes.

PEPA.

(Me remuerde la conciencia,
pero si le tengo miedo).

ANTONIO.

(¡Es una alhaja! ¡Tan buena!
¡Tan obediente y sumisa!)

D. JUAN.

He causado la molestia
á esta señorita....

D. ANTONIO.

¡Cómo!

D. JUAN.

De esperar á vd....

D. ANTONIO.

No seas
niño. El hijo de mi amigo,
en cualquier tiempo que venga,
será bien venido siempre.

D. JUAN.

Gracias.

D. ANTONIO

Cuando una doncella (*Bajo á ella*).
es, como tú, recatada
y juiciosa, y circunspecta,
puede recibir visitas,
no estando sola.....

PEPA.

(¡Qué pena
me da engañarlo!)

D. JUAN.

(Permite

segun parece, que vuelva;
y no sé porque me alegro).

PEPA.

(¿Se irá tan pronto?)

D. ANTONIO.

Son cerca (*Viendo el reloj*).
de las dos, y si tú, quieres
pasarémos....

D. JUAN.

(No quisiera).

D. ANTONIO.

A mi escritorio. Verémos
cómo se hallan ciertas cuentas.
Hablarémos del negocio.

D. JUAN.

Como vd. guste.

D. ANTONIO.

[No deja
de inquietarme....]

INES.

¿Qué me dice

vd. ahora?

[*Bajo á Pepa*].

PEPA.

No creas.... [*Idem*].

D. ANTONIO.

Adentro pues.... [*Adelantándose á
la derecha*].

D. JUAN.

Señorita.... [*Saludando*].

D. ANTONIO.

Poco á poco, que aun no llega
de despedirse la hora.

Vendrá luego. [*A Pepa y tomando la
mano de D. Juan, lle-
vándole al escritorio*].

PEPA.

[*¡Si volviera!*]

Pepa corresponde el saludo de D. Juan: se detiene vacilante y dice el aparte; se dirige luego á la izquierda.—Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.—Es de día.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO.—INES.

D. ANTONIO.

Te digo que son locuras,
te repito que no sabes
cómo debe una doncella
recatada, comportarse....
A las seis de la mañana,
cuando apenas el sol sale
y á dar al viento comienzan
su dulce canto las aves,
¡asomada á los balcones!
¿Qué dirá todo el que pase?
¿Qué sospechará de tí?

INES.

Pero, señor, ¿es tan grave
pecado, que deseosa
de tomar un poco el aire

tan fresco de la mañana,
me asomara un solo instante
al balcon?

D. ANTONIO.

¿Y por ventura
un letrado colocaste
en tu frente, que explicara
tus motivos? No te cansas;
la fama de una doncella,
como te lo he dicho antes,
es una prenda preciosa,
es un bien inapreciable,
que hasta de la sombra, debe,
de una sospecha, guardarse:
terso cristal que es preciso
cuidar de que no lo empañe
ni aun el soplo mas ligero;
á quien hace un daño grave
de este mundo maldiciente.
los necios tiros mordaces,
de la implacable calumnia
los venenosos ataques.

INES.

Pero, señor, yo no sé
qué pudieran figurarse
por qué estaba en el balcon.

Si hubiera sido en la calle
y sola, tal vez sería
mal visto; pero...

D. ANTONIO.

No andes
con disculpas. Qué ¿no puedo
hacerte entender ¡qué diantre!
que el mundo es muy malicioso,
y que no hay nada, ni nadie
sagrado para él? Lo menos
que pensara algún ~~hombre~~ ^{hombre}
sería que te asomabas
á una cita.

INES.

¡Dios me guarde!

D. ANTONIO.

¿Y te imaginas, acaso,
que fuera recomendable
para una jóven juiciosa,
suposicion semejante?
Una jóven que conoce
sus deberes, y que sabe
cumplir con ellos, no tiene
nunca citas de esa clase.

INES.

Pero, señor, no es posible
que vd. crea ni un instante....

D. ANTONIO.

A las seis de la mañana
á la ventana asomarse,
tal vez para ver pasar
alguno de esos galanes,
que inquietan á las doncellas
con las protestas falaces
de un cariño que no sienten,
es locura imperdonable.
¡Si supieran las mugeres,
cuánto en la opinion las hace
perder de un hombre, ligeras
hasta ese punto mostrarse!
¡Si comprendieran que son
las prendas mas apreciables,
el pudor y la modestia
en una doncella!

INES.

[¡Y dale!]

D. ANTONIO.

A los hombres, hija mia,
en general nos atrae,
hallar en lo que emprendemos
trabas y dificultades.
Mas de uno conozco yo,

que tierno, atento, constante
mientras la muger consigue
su preferencia ocultarle,
necesita solamente
para cambiar y enfriarse,
la confesion de un afecto
que solicitaba amante....

INES.

Vd. sabe bien que nunca....
[No hay esperanzas que acabe].

D. ANTONIO.

Esos locos amorcillos
de paseos por la calle,
de guiños y de miradas,
son el perjuicio mas grande.
Las jóvenes desatienden
sus labores, y no hacen
mas que estarse en el balcon,
de la mañana á la tarde,
y no se acuerdan de nada,
porque el mozueto las trae
con la cabeza perdida....

INES.

En connto á mi....

D. ANTONIO.

Y es en valde

que una persona sensata
en aconsejarlas gaste
sus palabras y su tiempo....

INES.

Me conoce vd. bastante....

D. ANTONIO.

¡Válgate Dios! ¡cómo pasa
el tiempo! Es indispensable
que concluya de escribir.

INES.

[¡Qué dicha!]

D. ANTONIO.

No te separes
de Pepa, si viene gente.
Trabajad juntas. No le hables
mas que de algo de provecho.
Todas esas necedades
de amores y devaneos,
muy mal en los labios caen
de una jóven....

INES.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Si viene alguno á buscarme,
solo en caso de que sea

negocio muy importante
y no una majadería,
¿entiendes?]

INES.

Sí.

D. ANTONIO.

Que me llamen. [*Vase*
[*por la derecha*].

ESCENA SEGUNDA.

INES.—Después D. LINDORO.

INES.

¡Ay! La cabeza me duele,
yo no sé si de callarme,
ó de sufrir tanto tiempo
el discurso venerable
de mi señor ¡Dios me valga!
Ya no hay paciencia ni aguante.
¡Peluca á cada momento
sobre el mismo ternal! Nadie

por mas que yo diga y haga,
prodrá nunca figurarse,
lo que me causa y fatiga,
la impresion desagradable
que escucharlo me produce....
Tener que tomar un aire
de nécia gazonería,
que ciertamente me cae
muy mal; hacerle creer
que apruebo sus ranciedades,
cuando me riñe por cosas,
á la verdad, tan triviales.

D. LINDORO.

Inesilla.

INES.

D. Lindoro

D. LINDORO.

¡Siempre tan bella!

INES.

¡Qué amable
está vd. hoy!

D. LINDORO.

Como siempre.

INES.

En efecto ¡Y qué elegante!

D. LINDORO.

¿Te parece?

INES.

Por supuesto.

¡Hoy estrenó vd. el traje?

D. LINDORO.

¡Vaya!

INES.

Y ¿se puede saber
qué motivo interesante
hace á vd. poner tan guapo?....

D. LINDORO.

No creas, pues, tengo un grave
asunto entre manos.

INES

¡Sí!

¿Es que va vd. á casarse?

D. LINDORO.

Que te quemas....

INES.

¿Va vd. hoy
á pedir la novia?

D. LINDORO.

¡Diantre!
por poco aciertaa.

INES.

Parece
vd. en efecto.... (alcalde
de pueblo).

D. LINDORO.

Escucha, Inesilla.
¿Estará visible ese ángel
de hermosura y de inocencia?

INES.

¿Quién?

D. LINDORO

La linda Pepa.

INES

¡Calle!
¿Con que mi ama es el objeto....?

D. LINDORO.

Dámi adoracion constante,
de mi profunda ternura....
Pues ¿qué no lo adivinaste?

INES.

Nó.

D. LINDORO.

Como eres tú tan cándida
tambien....

INES.

Cierto.

D. LINDORO.

Mira, hazme
el favor de ir á decirle
que aquí la espero. No tardes,
que mi amante corazón,
ansioso, ardiente, anhelante....

INES

Voy al momento.

D. LINDORO.

Sí, vuela.

INES.

(Ha de ser cosa de ahogarse
de risa. ¡Si yo pudiera
oir cuando se declare!) (*Vase por la iz-
quierda*).

D. LINDORO.

¿Por dónde empezar ahora?
¡Mi memoria es tan infame!
Tengo un librito de cartas [*Se acerca*
amorosas y galantes; *al espejo y*
pero me ha sido imposible, *se contem-*
por mas que he hecho, acordarme *pla*

de ningún trozo, y sería *con satis-*
necedad imperdonable, *faccion.]*
manifestar mi ternura
con expresiones vulgares....
Pues puede ser que me acuerde....
Oigo pasos. Que me ampare
Cupido, es ella sin duda.
Vamos, no hay que ser cobarde....

ESCENA TERCERA.

D. LINDORO.—PEPA por la derecha.

PEPA.

D. Lindoro....

D. LINDORO.

¡Hermosa!

PEPA.

[¡Qué compuesto está!]

D. LINDORO.

¡Dijo á vd. Inés
que deseaba hablar

un instante á solas
con vd?

PEPA.

No tal.
Dijo que acababa
vd. de llegar:
que estaba vd. solo....

D. LINDORO.

Pues hizo muy mal.
Cual se lo rogué,
debía explicar
á vd. que anhelaba....

PEPA.

(Vamos. ¿Qué querrá?).

D. LINDORO.

Tener un momento
de particular
conversacion....

PEPA.

(¡Bueno!)

D. LINDORO.

Pero ¿es que podrán
mis trémulos labios,
hermosa, expresar
el fuego terrible,

la llama voraz
que abrasa y consume.... [Tose].

PEPA.

¿Se siente vd. mal?
Yo tengo unas gotas
que suelen calmar
las ansias que causan
cual sucederá
con vd. sin duda,
esa tos tenaz.

D. LINDORO.

[Mire vd. por donde
la ha ido á tomar].
¿Qué bálsamo ¡oh Pepa!
aliviar podrá
los estragos que hace
el feroz volcan,
en que el alma toda
se siente abrasar? [Vuelve á toser].

PEPA.

¡Ay! Cállese vd.,
por Dios, que en verdad,
si vd. continúa,
va á hacerme llorar....

D. LINDORO.

¿Por qué, vida mia?

PEPA.

¡Cuan aprisa va!
Todos esos fuegos
y llamas me dan
un miedo terrible.
Siempre que oigo hablar
de incendios, me duele
la cabeza.

D. LINDORO.

¡Ah!

Es que las palabras
nunca pueden dar
una exacta idea,
divina deidad,
del loco delirio
do puede arrastrar
mi inmensa ternura
que no tiene igual.
Las horas se pasan
en constante afán,
con ese amor ciego,
furioso, fatal....
[Me voy acordando].
que hace delirar,
que nos vuelve locos....

PEPA.

Tenga vd. piedad
de mí, D. Lindoro.
Hace vd. pasar
por mi vista, cuadros
tan tristes, que ya
siento apoderarse
de mí un malestar....
Cuando del aspecto
tremendo, infernal,
de un incendio horrible
que pavor me da,
mi vista un instante
consigo apartar,
casi al mismo punto
y sin mas ni mas,
á una bartolina
me hace vd. entrar,
y por cierto, hablando
con sinceridad,
no sé por qué tiene
vd. tal afan.

D. LINDORO.

Que vd. no me entienda
¿qué extraño será,

cuando yo no puedo
palabras hallar,
que expresar consigan
mi angustia mortal?

PEPA.

Eso es otra cosa,
Sin reflexionar
Tal vez he ofendido....

D. LINDORO.

¡Vd? ¡oh! jamas....

PEPA.

Si alguna desgracia,
cual lo hace. pensar
su acento quejoso,
lo aflige....

D. LINDORO.

¿Qué mas
desgracia?....

PEPA.

Seguro
puede vd. estar
de que yo lo siento
con el alma.

D. LINDORO.

Ya

lo creo ¡Oh divina
flor angelical!

PEPA.

(¡Oh qué hombre, que nunca
se haya de cansar
de decir sandeces!)

D. LINDORO.

Celeste beldad,
(creo que así comienza);
es vd. imán
de mi alma, el ensueño
de dicha y de paz
que el corazón llena
de luz celestial.
Yo amo á vd. ¡Oh Pepa!
y á esos piés....

PEPA.

[Capaz

será de arrojarse
al suelo, y hará
bien linda figura],

D. LINDORO.

¡No puedo esperar,
serafín divino,
de tanta bondad

como encierra esa alma
pura y virginal,
que mi amor inmenso
la llegue á ablandar?

PEPA.

¿Ablandar? y.... ¿qué?

D. LINDORO.

La roca ¡oh afán!
que encierra ese cuerpo
tan lleno de sal,
ese corazón
do anhelo reinar,
que duro, insensible,
me roba la paz
y lágrimas solo
en cambio me da.

PEPA.

¡Vaya! vd. me asusta.
¿Tengo yo en lugar
de alma, por ventura,
algun pedernal?
Quien oyera á vd.
pudiera pensar,
que soy una especie
de monstruo voraz

que aun los tiernos goces
de la caridad
despiadada ignoro ...

D. LINDORO.

¡Dicha sin igual!
Así ¡vd. me alienta,
así vd. me da
dulces esperanzas?
¡Oh felicidad!
¿Conque me ama vd?

PEPA.

Yo no he dicho tal.
[Este hombre está loco].
Venga vd. acá....

D. LINDORO.

¿Conque no es un sueño
celeste y falaz?

PEPA.

Por Dios D. Lindoro....

D. LINDORO.

No esperé jamás
dicha tan sublime.

PEPA.

Y hace vd. muy mal

de esperarla ahora.
[¡Cuánta necesidad!]

D. LINDORO.

¡Oh Pepa! ¡Oh encanto!

PEPA.

(Si me apura mas
sin mas cumplimientos
lo envio á pasear).

ESCENA CUARTA.

Dichos, D. SAMUEL por el fondo

D. SAMUEL.

Yo no esperaba, Pepita,
encontrar á vd. aquí.
(¡Sola con este vejete!)

D. LINDORO.

[¡Ay! ¡el amante en latín!....]

D. SAMUEL.

¡Ha salido D. Antonio?

PEPA.

Hoy no pensaba salir;
está escribiendo, sin duda....
¿Desea vd. verlo?

D. SAMUEL.

Sí;
pero dentro de un instante.

D. LINDORO.

[Que me venga á interrumpir
este nécio, cuando iba,
de sus lábios de rubí,
á escuchar la confesion
de su afecto]. ¡Qué feliz [*Bajo á Pepa*].
debe ser el hombre que haga
ese corazon latir!

PEPA.

¿Cierto? Pues me alegro mucho [*Id.*].
que lo crea vd. así.

D. SAMUEL.

Pasado mañana mismo,
he pensado concluir
el libro.... ¿Leyó vd. algo
de aquella obra....?

PEPA.

[¡Ay de mí!]

Sí; ya estoy adelantada....

D. LINDORO.

Delicioso querubín: [*Bajo á ella*].

¿quién al ver á vd. tan bella

no se sintiera morir

de amor?

PEPA. *

¿Le parece á vd? (*Id*).

D. LINDORO.

¡Hermosa!.... [*Id*].

D. SAMUEL.

Siempre creí

que sería interesante

para vd., el conseguir

una obra tan instructiva....

PEPA.

Por supuesto.

D. SAMUEL.

Para mí

es un tesoro sin precio.

PEPA.

Lo creo.

D. LINDORO.

[Tendré que ir
á concluir mi negocio,
porque no se va de aquí
este prójimo....]

D. SAMUEL.

(Quisiera
poder á este hombre decir,
que me dejara un momento
solo con Pepa).

PEPA.

Por fin
está vd. mejor ahora?

D. LINDORO.

[Si vendrá á comer aquí].

D. SAMUEL.

Es muy extraño en efecto,
que en esa edad juvenil
de locura y ligereza,
pueda vd. Pepa, sentir
tanto gusto en instruirse....

D. LINDORO.

Por supuesto. [¡Qué trágica
trae este hombre con los libros!]

PEPA.

[¡Si Aguilar fuera á venir!]

D. LINDORO.

¡Oh flor que en una mañana [*Bajo á*
del fresco y florido Abril, *Pepa*].
robaste á las otras flores
su fragancia y su matiz!

PEPA.

[¡Bueno! y me tutea ahora].

D. SAMUEL.

[Si pudiera conseguir....]

D. LINDORO.

Flor que trasplantar quisiera [*Id*].
al perfumado jardín
de mi amor y.... de mi afecto
y.... [*¡Vamos, ya me perdi*].

PEPA.

[No se van, y ya paciencia
me falta para sufrir
estos dos posmas].

D. SAMUEL.

[Ya es tiempo
de que me declare; sí].

D. LINDORO.

¡Qué ojos que el alma me roban! [Id].
¡Qué gracioso sonreír!
¡Qué preciosa manecita!
¡Qué talle de serafín!
¡Qué piececitos tan monos!

PEPA.

[¡Dios tenga piedad de mí!]

D. LINDORO.

Parecen dos corderitos,
que sobre el verde tapiz
de la pradera, retozan
con travesura infantil.

PEPA.

¡Qué comparacion tan bella! [Id].
solo á vd. pudo ocurrir:
no todos los hombres tienen
un ingenio tan sutil.

D. LINDORO.

[Me voy porque no me deja
este hombre á Pepa decir
todo lo que siente el alma].

PEPA.

¡Cómo! ¡Se va vd. así?

D. LINDORO.

¿D. Antonio está en su cuarto?

PEPA.

Sí.

D. LINDORO.

Volveré á hablarle.

D. SAMUEL.

(¡Al fin!)

D. LINDORO.

Volveré. (Se va por el fondo).

D. SAMUEL.

[¡Dios no lo quiera!]

PEPA.

[De mucho me va á servir
que el uno de ellos se vaya,
si el otro se queda aquí].

ESCENA QUINTA.

D. SAMUEL, PEPA.

D. SAMUEL.

Gracias á Dios que al fin un ~~este~~ instante

solo Pepita con vd. me veo.
Ha sido ahora toda la mañana
mi mas ardiente, irresistible anhelo.

PEPA.

¿Tiene vd. que explicarme alguna cosa
de la obra interesante que leemos?

D. SAMUEL.

Nó, Pepita, un asunto muy urgente....

PEPA.

¿Mas que la ciencia?

D. SAMUEL.

Delicado y sério,
ha hecho nacer en mi alma el ansia viva
de hablar á vd. á solas un momento.

PEPA.

¿Y se puede saber....?

D. SAMUEL.

Tras la ventura
el hombre corre desolado y ciego
por sus locas pasiones arrastrado,
sin contenerlas con el fuerte freno
de la razon, que poderosa y sábia,
nos puede dirigir.

PEPA.

(¿A qué vendrá esto?)

D. SAMUEL.

Es la felicidad preciosa perla,
que no se encuentra en el mundano ciego
donde la busca en su ignorancia loca,
en su estúpido afán, el hombre necio.
Quién de ambición frenética llevado,
hallarla quiere en elevados puestos!
Quién en goces insípidos, pueriles,
y quién en criminales devaneos!

PEPA.

¡Magnífico discurso! A lo que viene,
es, en verdad, lo que saber no puedo).

D. SAMUEL.

¡Quién del amor en la furiosa llama,
arder su débil corazón sintiendo,
cifra la dicha de su vida toda
¡mezquina pretension! en un afecto. . . .!
¡Qué resultados venturosos puede
dar tan ruin y delirante empeño!
Desengaños tan solo; equivocando,
en su error el camino verdadero
que conduce á la dicha, á cada paso
encuentran una espina y un tropiezo. . . .

PEPA.

[¿Adonde irá á parar?]

D. SAMUEL.

De estas desgracias
nos presenta la historia mil ejemplos.
¿Qué perdió á Napoleon? Su ambicion loca;
esa sed de conquistas que lo hicieron
bajar al fin del elevado trono,
do reinaba señor del universo
é ir á morir tan triste y desvalido
en el odioso suelo del destierro,
despues de haber regado con su llanto
el miserable pan del prisionero.
¿Qué perdió á Marco Antonio?

PEPA.

[Poco á poco,
si Dios no lo remedia, llegaremos
á nuestro padre Adan).

D. SAMUEL.

Esa ternura
tan indigna del hombre sábio y recto
que esclavo ¡ay! de una muger lo hizo,
aniquilando su valor, su esfuerzo,
que tan oscura y vergonzosa muerte
le dió en lugar de lauros y trofeos....
¿Qué diré de Sanson?

PEPA.

(¡Dios nos socorra!)

D. SAMUEL.

El fuerte, el valeroso juez hebreo,
á la traidora red que le tendiera
la pérfida Dalila, sucumbiendo,
perdió por ese amor desordenado
su fuerza y su poder con sus cabellos.
Y del hombre que busca en ruines goces,
la dicha de la vida ¿qué dirémos?
Arrastrando una inútil existencia,
sin fé, sin ilusiones, sin contento,
lleva con pena la pesada carga
de un corazon desalentado y seco....

PEPA.

¿No se encuentra, pues, nunca esa ventura,
del corazon encantador ensueño?

D. SAMUEL.

Sí, Pepita, en la ciencia, en el estudio,
único bien satisfactorio y cierto,
que eleva el alma y que la mente jouna
con su grandioso y eternal destello;
legítima ambicion, única y sola,
que abriga el corazon honrado y recto.
¿Dónde hay dicha mayor que la del sábio?
¿Dónde hay goce mas puro y verdadero?
¡El sábio! el mas dichoso de los hombres

sin disputa también, el mas perfecto.
Dígalo Salomon, el rey dichoso,
el sábio de los sábios.

PEPA.

(No tenemos
cuando acabar).

D. SAMUEL.

El hombre que comprende
su divina mision, el alto empleo,
á que Dios destinó sus facultades. . . .
¿Está vd. bostezando?

PEPA.

(Ya me duermo)
Nó, no lo crea vd.

D. SAMUEL.

Jamás se deja
dominar por un loco sentimiento

PEPA

(Nó, por lo que hace á vd., no hay que te-
merse).

D. SAMUEL.

El amor entre otros, por ejemplo.
El amor cual se debe comprendido,
lo siente el sábio, como yo lo siento
Pepita, por vd.

PEPA.

(¡Santa María!)

D. SAMUEL.

Un cariño prudente, circunspecto.
El sábio busca en la muger que elige
para su tierna esposa, no el objeto
de una loca pasion, de un desvarío,
sino el apoyo de su hogar modesto;
la muger hacendosa, inteligente,
que siguiendo sumisa los ejemplos
de la muger de Abraham, y otras matronas,
dignas de elogio, del pasado tiempo,
prepare por sí misma los manjares,
y los sirva á su esposo con esmero,
el arreglo vigile de su casa....

PEPA.

(Y limpie el polvo de sus libros viejos).

D. SAMUEL.

Obedezca á su esposo, siempre humilde,
y lo cuide paciente, si está enfermo.
La educacion que D. Antonio ha dado
á vd., se encuentra en todo tan de acuerdo
con mis ideas, que nacer en mi alma
un vivo afecto por vd. ha hecho.

PEPA.

(¡Misericordia!)

D. SAMUEL.

Y á pedir su mano
voy ahora á D. Antonio

PEPA.

(¡Santo Cielo!)

D. SAMUEL.

Me guardaré muy bien de preguntarle
á vd., como lo haría algun mancebo
ocioso é ignorante, lo que piensa
sobre el particular: no debo hacerlo.
No es vd. la que debe dar su voto
sobre asunto tan grave.

PEPA.

(Por supuesto).

D. SAMUEL.

Hablaré á D. Antonio en el instante,
y presente le haré lo que pretendo;
sabré su voluntad, que es lo preciso,
porque una jóven como vd., modelo
de virtudes domésticas, no tiene
voluntad propia nunca.

PEPA.

(¡Dios eterno!)

D. SAMUEL.

Sabiendo vd. el voto de su tío,

si es favorable para mí, cual creo,
no es necesario mas....

PEPA.

(¡Quién me defiende
de estos locos? ¡Señor! es mucho cuento....)

D. SAMUEL.

Para que vd. acepte complacida
mi mano....

PEPA.

(¡Virgen pura!)

D. SAMUEL.

Con mi afecto
¡Que dicha espera á vd! ¡Qué dulces goces!
¡Qué deliciosa paz!

PEPA.

(Pues va á creerlo).

ESCENA SESTA.

Dichos, D. JUAN por el fondo.

D. JUAN.

Pepita á los piés de vd....

D. Samuel....

D. SAMUEL.

[Pues á buena hora
viene este señor ahora....]

PEPA.

[No me hace poca merced
en venir, que estaba ya
mi paciencia concluyendo....]

D. JUAN.

¿Y D. Antonio?

PEPA.

Escribiendo
en su cuarto: ya vendrá.

D. JUAN.

[¡Que graciosa es!] Pepita....

D. SAMUEL.

[¡Hum! Poco me agrada á fé
que se acerque tanto. ¡Qué
manía!]

D. JUAN.

Una visita
me impidió venir temprano
como estaba convenido
con D. Antonio.

D. SAMUEL.

[Habría sido

mas saludable y humano,
de parte de ese sujeto,
tenerlo allí todo el día].

PEPA.

Espérelo vd.

D. JUAN.

Podría....

PEPA.

¿No quiere vd?

D. JUAN.

Me tometo, (*sentándose*).

Pepita, á la voluntad
de vd.

PEPA.

Nó, yo no quisiera
que por cumplimiento fuera.

D. JUAN.

¿Lo cree vd. en verdad?

D. SAMUEL.

(Pues, se sienta este babieca.
¡Vamos! y no sé qué hacer.
Lo mejor á mi entender,
es ir á la biblioteca,
hasta que marche este amigo

que no puedo soportar,
y ver si al fin encontrar
aquella obra consigo). (*Vase por la
derecha*).

ESCENA SETIMA.

D. JUAN, PEPA.

PEPA.

¡Gracias á Dios! ¡Qué pesado
es el hombre!

D. JUAN.

¿Se podría
saber lo que le decía
á vd. tan entusiasmado,
sobre la felicidad
y los goces....?

PEPA.

¿Qué sé yó?
todo lo que le ocurrió....
la mayor barbaridad....

D. JUAN

Tal vez será indiscrecion
preguntar; mas parecia
por las trazas, que le hacia
á vd. la declaracion.....

PEPA.

Creo que sí.....

D. JUAN.

¿Por ventura,
no está vd. cierta?

PEPA.

Nó á fé.

Mucho me habló, mas no sé
si su ciencia ó su ternura
quiso hacerme conocer....
Pudo ser declaracion....
El me habló de Salomon,
de Abraham y de su muger,
de Cleopatra y Marco Antonio,
Nopoleon y, ¡qué sé yó!
y por fin, me declaró
que á pedirme en matrimonio,
iba al instante á mi tío;
y si favorable le era
su opinion.....

D. JUAN.

¡Dios no lo quiera!

PEPA.

(¡Ay!)

D. JUAN.

No puede ser, confío....

PEPA.

Creía cosa escusada
consultar mi voluntad,
que no la tiene en verdad
una niña recatada.

D. JUAN.

Pero es la mayor locura,
en ese hombre, pretender
que sea vd. su muger.

PEPA.

¡Me promete tal ventura!

D. JUAN.

La que podría yo hallar
por el fastidio abrumado,
leyendo un libro cansado
que me hiciera bostezar....

PEPA.

Es mucha severidad....

D. JUAN.

Merecida.

PEPA.

Pero él....

D. JUAN,

¡Casarse con D. Samuel!

Pero es una atrocidad.

PEPA.

Si vd.....

D. JUAN.

No solo por necio,
que en su rancia ciencia hundido
un tesoro se ha creído,
y ve á todos con desprecio:
aunque ese sábio señor,
mil virtudes poseyera,
aun digno no lo creyera
de la mano y del amor
de vd.

PEPA.

(¡Cuán afnabile es!)

D. JUAN.

No extrañe vd. que hable así.
Desde que la conocí,
me inspiró vd. interés;
y verla feliz (¡Que hermosa!)

con viveza el alma ansia...
mi felicidad daría
por ver á vd. venturosa.

PEPA.

Gracias.

D. JUAN.

No es un cumplimiento:
si vd. lo toma por tal,
hace vd., Pepita, mal,
porque digo lo que siento.

PEPA.

Perdone vd.

D. JUAN.

No es extraño
que vd. lo crea, en verdad,
pues pasa la sociedad
por esa especie de engaño;
y acostumbrados á oír
cumplimientos por do quiera,
una palabra sincera
dudamos en admitir.
Yo que tanto he padecido
con amargas decepciones,
infinidad de ocasiones
de comprenderlo he tenido.

Todo es mentira en el mundo;
las protestas de amistad,
no expresan en realidad
un sentimiento profundo:
no son manifestacion
de un cariño verdadero,
ni el puro acento sincero
que parte del corazon;
son la moneda corriente
que á todos se puede dar,
sin que pretenda expresar
lo que en el alma se siente;
son una fórmula vana
que se dirige á cualquiera,
que el que hoy á vd. la dijera,
la dice á otro mañana;
y eso sin darle valor,
como decirse podría
alguna galantería,
lo que llaman una flor.
Si el alma noble y sincera
que nunca supo engañar,
puede un instante tomar
por verdad esa quimera;
¿comprende vd. cuanta hiel....?
Dispense vd., se diria,

que he tomado la manía
del insigne D. Samuel....
Y adoptando sus sermones
con otro tema, es verdad,
imito su necedad....
Le pido á vd. mil perdones.

PEPA.

No debia vd. temer
molestarme ni un momento....
No es tampoco cumplimiento:
bien lo puede vd. creer....

D. JUAN.

¡Es porque es vd. tan buena!

PEPA.

Dígame vd. señor juez,
¿nunca, ni una sola vez,
esa falta que condena
con tanta severidad,
ha cometido vd?

D. JUAN.

Nó.

Créame vd., Pepa, yo
digo siempre la verdad.
El llamar á vd. hermosa,
no es una galantería;

nunca decirlo podría
si pensara yo otra cosa.
Es cierto que si no viera
esa atractiva hermosura,
esa expresión de dulzura,
preciso es que ciego fuera.

PEPA.

¡Vaya! y no es vd. galante.

D. JUAN.

Nó, por cierto.

PEPA.

Esos primores....

D. JUAN.

Llamar bellas á las flores
y llamar al sol brillante,
es tan solo ser sincero;
¿no es verdad?

PEPA.

Sí. (Pues señor,
continúa, y lo peor
es que me corto y no quiero
que note....)

D. JUAN.

Cuan triste es

para una alma generosa
esa expresion suganosa
de cariño ó interés;
otro tanto al corazon
cariñoso satisface,
cuando de su efecto hace
tierna manifestacion:
cuando con una palabra,
llena de dulce ternura
la mas completa ventura
de otro corazon se labra:
cuando en un dulce momento
de divina exaltacion
nos permite la emocion
expresar un sentimiento:
cuando lo mas seductor
y divino de la tierra,
para nosotros se encierra
en un acento de amor.

PEPA.

(¡Ah!)

D. JUAN.

¡El amor! Un sentimiento
que el alma llena y embriaga,
con la melodía vaga
de un apasionado acento,

y que nos hace soñar
cuando el corazon agita
una ventura infinita....

PEPA.

¿Que nadie logra alcanzar?

D. JUAN.

¿Por qué esa desconfianza
se introduce amarga y fiera
en el alma, que debiera
vivir solo de esperanza?
¿Por qué dudar del amor,
cuando es la luz de la vida,
nuestra ilusion mas querida,
del alma pura la flor?

PEPA

(¡Ab!)

D. JUAN.

¿Nada sentir podria
vd. Pepa, si la amara
un corazon que apreciara
todo lo que vd. valia?
¿Será vd. indiferente
á un cariño verdadero?
¿No amaré vd. nunca?

PEPA,

Pero....

D. JUAN.

Dígame vd. lo que siente....

PEPA.

(Si no sé qué responder;
Habla con tal expresion).

D. JUAN.

¿No hay afecto, no hay pasion
que pudieran conmover
á vd?

PEPA.

(No sé lo que siento).

D. JUAN.

(Es necesario valor).
Hágame vd. el favor
de oirme, Pepa, un momento.
El alma que no sabia
lo que era amor hasta ahora,
un sentimiento atesora,
que es su vida y su alegría.
Puro y desinteresado,
á un grado que no pudiera
apagarse, aun cuando fuera

con frialdad rechazado
por vd.

PEPA.

(¿Que está diciendo?)
Aguilar...

D. JUAN.

¿Por qué callar?
Déjeme vd. expresar,
Pepa, lo que está sintiendo
mi corazon que la adora;
déjeme vd. repetir....

PEPA.

(¿Cómo le voy á decir
que lo amo tambien, ahora?)

D. JUAN.

¿No podré nunca esperar
que me ame vd?

PEPA.

Yo.... ¡Dios mio....!
—¡Ay! los pasos de mi tío.
Si viene se va á enfadar. (*Vase precipi-
tadamente por
la derecha*).

ESCENA OCTAVA.

D. JUAN, D. ANTONIO por la izquierda.

D. ANTONIO.

¡Juan! Aquí solo ¿qué es esto?

D. JUAN.

D. Antonio . . .

D. ANTONIO.

Pues es una
falta de confianza ¡vamos!
que condena nuestra mútua
amistad ¿Por qué no entrabas?
Los negocios que me abruma,
me han tenido todo el día
escribiendo . . .

D. JUAN.

Y en la duda
de si vd. podría ó nó
recibirme . . .

D. ANTONIO.

No me gustan
todos esos cumplimientos.

¡En lugar de ir en mi busca
permanecer aquí solo!
Si no es creíble.

D. JUAN

(¡Qué angustia!
Si sabe que estaba Pepa....)

D. ANTONIO.

Juan, cuando se tiene alguna
amistad por las personas;
cuando se aprecian, no se usan
esas ceremonias necias.
No esperara de ti nunca....

D. JUAN.

Perdone vd. D. Antonio.
(¡Ay! ¡Si seria muy brusca
mi declaracion! ¡Se ha ido
tan pronto!)

D. ANTONIO.

Tendremos una
conferencia decisiva
esta tarde. (¡Cuál fluctúa
mi espíritu entre temores!)

D. JUAN.

(¡Habré hecho una locura?
¡Si se ha ofendido Pepita!
¡Podiera ser tan injusta?)

ESCENA NOVENA.

Dichos, D. SAMUEL por la derecha.

D. SAMUEL.

¡Qué sublimidad de estilo! (*absorto*).
¡Cuánto fuego! ¡Qué profunda
sabiduría!

D. JUAN.

¿Qué dice?

D. SAMUEL.

¡Cuán grato en las amarguras
de la vida es un buen libro,
que á soportar nos ayuda
todos los padecimientos!
¡Ciencia! ¡Ciencia!

D. ANTONIO.

¡Qué fortuna,
cual decía D. Lindoro,
que tan cansada locura
no nos ataque!

D. JUAN.

Aseguro
que por lo que á él toca, nunca
se verá expuesto á ese riesgo.

D. ANTONIO.

¿Algun pesar atribula
á vd., D. Samuel, y puedo
serle útil en algo?

D. SAMUEL.

Pura
luz de la ciencia, que el alma
de dulces goces inundas....
¡Dichoso el que te posee!
¡Infeliz el que en la oscura
noche de torpe ignorancia,
se haya hundido por su culpa!

D. ANTONIO

(¡Pues habla que se las pela!)
D. Samuel ¿de qué se ocupa
vd., que en lugar de hablarnos,
allá, entre dientes, murmura
no sé qué cosa?

D. SAMUEL.

¿Eh? ¿Qué autor!
hombre, ¡qué autor!

D. ANTONIO.

¡Qué tortura (*Bajo á Juan*).
será vivir con un sábio!
No hay cosa que mas me aburra.

D. SAMUEL.

Desde que el sol con su luz
esplendente nos alumbra,
hasta la callada noche,
¡cuán grato es á las dulzuras
entregarse del estudio!

D. JUAN.

(¿Pensará irse ahora?)

D. ANTONIO.

Escucha:

para hablar con libertad,
sin que ninguno interrumpa
nuestra conferencia, debes
comer hoy conmigo.

D. JUAN.

Es mucha
bondad.... yo.... (No sé que digo.
¡Voy á verla!)

D. SAMUEL.

¿Quién apura
el cáliz del sufrimiento,
y su consuelo no busca
en este inmenso tesoro
de consuelos y ventura,
en la instruccion, en la ciencia....

D. ANTONIO.

D. Samuel, por Santa Ursula,
sea vd. tratable. ¡Qué hombre!

D. SAMUEL.

¡Me hablaba vd? [¡Qué impertuna
es esta gente!]

D. ANTONIO.

Hace al menos
media hora; mas se encumbra
vd. tanto....

D. JUAN.

(Me parece
que estaba inquieta y confusa....
¡Si me amara!)

D. SAMUEL.

El hombre sábio....

D. ANTONIO.

(¡Bueno! ya empieza).

D. SAMUEL.

Procura
perder de vista este mundo;
esta sociedad insulsa
que comprenderlo no sabe.

D. JUAN.

(Se pone por las espumas.
¡Qué modestos son los sábios!)

D. SAMUEL.

Su inteligencia robusta
busca mejor alimento
en otra region mas pura.

D. ANTONIO.

Estamos peor ahora. (*Bajo á Juan*).
No fué ocurrencia oportuna
hacerle bajar del cielo,
donde se hallaba en consulta
con todos sus amigotes.

D. SAMUEL.

¡Oh! ¡Qué falta de cordura
la juventud manifiesta,
cuando ignorante é inculta,
pensando solo en placeres,
de la instruccion hace burla!

D. JUAN.

Tiene vd. razon.

D. SAMUEL

¡Oh jóvent
vd. merece á la altura

de la instrucción elevarse;
salir de la negra tumba
de la ignorancia.

D. JUAN.

Mil gracias.

D. SAMUEL.

Dedicarse á la lectura
de esos libros provechosos. . . .

D. ANTONIO.

(¡Pobre Juan!) Cuando concluya (*Bajo*
quedarás con un dolor *á Juan*
de cabeza atroz.

D. JUAN

No hay duda (*Idem*).

ESCENA DECIMA.

Dichos, D. LINDORO precipitadamente por el fondo.

D. LINDORO.

Que se entone alegre cántico,
que se alcen voces frenéticas,

mostrando el radiante júbilo
que nos llena el corazón.
Un vaso de agua...nó, un cántaro,
porque este placer tan súbito
está casi sofocándose.
Es dañosa la emoción.

D. ANTONIO.

D. Lindoro....

D. LINDORO.

¡Triunfo espléndido!
¡Viva! De flores simpáticas....

D. ANTONIO.

Pero....

D. LINDORO.

De telas magníficas,
debemos todos sembrar
la senda por donde el célebre
vencedor, con rostro placido,
en medio á vivas unánimes
debe triunfante pasar.

D. JUAN.

(¡Si estará loco este prójimo!)

D. LINDORO.

Aunque hombre honrado y pacífico,
todo este aparato bélico

me enagena de placer.

¡Viva! ¡Viva! (Palmoteando).

D. JUAN.

(¡Qué estrambótico!)

D. ANTONIO.

Pero ¿qué dice este bárbaro
en tan retumbantes términos?

D. LINDORO.

Esto se llama vencer.

Un abrazo.... (Abraza á D. Antonio).

D. ANTONIO.

[¡San Carpóforo!

¡He de abrazar á un maniático
que entre sus garras cogiéndome
intente ahogarme tal vez?]

D. LINDORO.

¡Oh dicha indecible y férvida!

¡Oh paz deliciosa y cándida

que nos cobijas benéfica!....

D. ANTONIO.

Pero ¿es de llamar al juez!

¡Hombre ó diablo!....

D. LINDORO.

¡Cuán impávidos!

¡Con que semblantes tan tétricos,
estas noticias explicitas
oyen vdes!

D. ANTONIO.

¡Ay Dios!

D. LINDORO.

D. Samuel que es un fanático,
que tendrá que verse prófugo,
tiene razon; mas....

D. SAMUEL.

¡Estúpido!

D. ANTONIO.

Pero....

D. LINDORO.

¡Mas los otros dos!

D. ANTONIO.

Déjese vd. de preámbulos....

D. LINDORO.

Los liberales intrépidos,
han derrotado terríficos
las tropas de Miramon.

D. ANTONIO.

¡Cómo?

D. JUAN.

¿Cierta?

D. LINDORO.

Sí, ciertísimo.

D. SAMUEL.

¡Cielos! ¡Noticia maléfica,
que de una angustia tiránica
me llenas el corazón!

D. JUAN.

¡Dios sea loado!

D. LINDORO.

¿Con lágrimas
recibe vd....

D. SAMUEL.

¡Hombre discolor!

D. LINDORO.

Esta noticia tan plácida?

D. SAMUEL.

¡Eh! Déjeme vd. rabiar.

D. JUAN.

¿Y no cabe duda?

D. ANTONIO.

Cálmese
vd. por Dios....

D. SAMUEL.

¡Ay!

D. ANTONIO.

Y explíquenos....

D. LINDORO.

Acaban ahora de entrar
Miramon y sus satélites.

D. SAMUEL.

¡Eh! Déjese vd. de epítetos.

D. LINDORO.

¿Se enfada vd?

D. SAMUEL.

¡Voto al Chápiro!

D. LINDORO.

¡El pobre tiene razon!....

D. SAMUEL.

Todo está perdido ¡ay mísero!
Huyeron los dias rápidos
de nuestra ventura fúlgida....
Acabó la religion.

D. ANTONIO.

¿Con que ha triunfado el ejército
liberal?

D. LINDORO.

¡Oh! sí.

D. SAMUEL.

¡Qué escándalo!

D. ANTONIO.

¡Tendremos una paz sólida
al fin!

D. JUAN.

Se debe esperar.
Ya cesarán los obstáculos.

D. ANTONIO.

¡Gracias á Dios!

D. SAMUEL.

¡Que esos pícaros
nos venzan!

D. ANTONIO.

Podré, por último,
mis negocios arreglar.

D. SAMUEL.

Llorar debemos las víctimas
de las pasiones indómitas....

D. LINDORO.

¡Eh! D. Samuel, es ridícula
por ahora esa canción.

D. SAMUEL.

¿Habrá heridos?

D. LINDORO.

Impolítico

¡es el cañon y....

D. SAMUEL.

¡Ahora sátiras!

¿Y prisioneros?

D. LINDORO.

Ni el cálculo

se puede hacer, tantos son.

D. SAMUEL.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

D. LINDORO.

Vaya hombre ¡ánimo!....

—Que llamen á la bellísima

Pepa, cuyos ojos lánguidos

y sonrisa celestial....

D. ANTONIO.

Si aun dudo.

D. SAMUEL.

¡Destino pérfido!

¡Ay!

D. LINDORO.

Me elevan al pináculo

de dicha inmensa....

D. SAMUEL.

¡Hombre incómodo!

D. LINDORO.

¿Se está vd. sintiendo mal?

—Que llamen á Pepa, en débiles
acentos que el alma extática....

D. JUAN.

(¡Pues está el hombre poético!)

D. LINDORO.

Consiga al fin exhalar....

Un negocio importantísimo
de donde pende mi próxima
dicha, al respetable círculo
pretendo comunicar.

D. ANTONIO.

Diga vd.

D. JUAN.

Vamos.

D. LINDORO.

En plática
confidencial...

D. SAMUEL.

¡Ay! ¡Exánime
estoy!

D. JUAN.

Comience vd.

D. LINDORO.

¡Cáspita!

Van ustedes por vapor...

Espero al divino ídolo ...

D. ANTONIO.

¿Qué dice?

D. LINDORO.

La Virgen diáfana

que de una ventura célica....

D. JUAN.

(¿Va á declararnos su amor?)

ESCENA UNDECIMA.

Dichos, PEPA é INES por la derecha.

D. LINDORO.

¡Divina Pepa!...

(Adelantándose á ella).

D. ANTONIO.

Hija mia,
acércate

D. LINDORO.

[¡Qué mujer!]

D. JUAN.

¿Y se puede ya saber
que era lo que vd. tenía
que decir?

PEPA.

(Estoy cortada.
No me atrevo á levantar
los ojos).

D. LINDORO.

Voy á empezar....
¿Se ha puesto vd. colorada?

PEPA.

¿Yo?

D. LINDORO.

La mayor atencion
présteme vd., fresca rosa,
vírgen tímida y graciosa
que encanta mi corazon.
Con un acento meloso
como esos lábios de grana,

pintara de buena gana
mi ardiente afecto amoroso. . . .

D. ANTONIO.

(¿Qué dice este majadero?)

D. LINDORO.

Mas por mucho que digera,
pintar á vd. no pudiera
¡oh Pepa! cuánto la quiero.

D. ANTONIO.

¿Está loco? D. Lindoro. . . .

D. LINDORO.

¡Querer! palabra bien fria;
mejor decir debería. . . .

D. JUAN.

(¡Qué necio!)

D. LINDORO.

¡Cuánto te adoro!
¡Oh! sí, te adoro y postrado. . . . (E-
chándose á los piés de Pepa).

D. ANTONIO.

Pero ¡hombre de Belcebú!

INES.

(¡Vamos! continúa el tú.
Parece que le ha gustado).

D. ANTONIO.

Alce vd.

D. LINDORO.

¡Amor tirano! [*Levantándose*
Aquí sumiso, rendido.... *bruscamente y*
—Con el respeto debido *dirijiéndose á*
pido á vd. la bella mano D. Antonio].
de Pepita.

D. JUEA.

¿Cómo?

D. ANTONIO.

¿Quién

pensara....?

D. LINDORO.

¡Radiante estrella!

Yo la idolatro.

D. ANTONIO.

¿Pero ella?

D. LINDORO.

¡Oh! debe amarme tambien.

Es lo justo.

INES.

(¡Por supuesto!)

PEPA.

(¡Ay! ¿qué pensará Aguilari?)

D. LINDORO.

¿No me quiere vd. mirar?

D. ANTONIO.

¿Qué quiere decir todo esto?

Sobrina ¿tú le amas?

PEPA.

Tío....

D. ANTONIO.

Vamos, responder te toca.

Habla.

PEPA.

¿Me cree vd. loca?

¿Yo amar á ese hombre, Dios mio! (*Bajo*
á D. Antonio).

D. JUAN.

(Si pudiera consentir....)

D. LINDORO.

Diga vd. ¿puedo esperar...?

D. ANTONIO.

Yo no me voy á casar,
ella debe decidir;
porque aunque es de mi deber
advertirla, aconsejarla,
á que quiera á vd., forzarla
ni quiero ni puede ser.

D. JUAN.

(Respiro).

D. ANTONIO.

Habla tú, hija mia.

PEPA.

Yo de ninguna manera (*A D. Lindoro*).
ofender á vd. quisiera;
muy penoso me seria.
Encuentro en esa pasion
que expresa vd. embebido,
algo de tierno y florido
que refresca el corazon.
Nadie, á la verdad, le gana
en esa expresion danosa
con que me llama vd. rosa
y estrella de la mañana.

D. LINDORO.

¡Pepita!

PEPA.

Pero á pesar
de prendas, que aunque quisiera
negarlas, no las pudiera
un solo instante negar;
con el mas vivo dolor,
con una pena indecible,
digo que me es imposible
corresponder á ese amor. . . .

D. LINDORO.

¡Como!.... ¿es cierto?.... ¡qué he escuchado?

D. ANTONIO

(Va á hacerme este hombre reir).

D. LINDORO.

Acaba vd. de decir
que....

PEPA.

Lo que siempre he pensado.

D. LINDORO.

¿Vd. no me ama?

PEPA.

No tal.

D. LINDORO.

¿Vd. no me ama? ¡Oh impía!
Y yo que jurado habria....

PEPA.

Hubiera vd. hecho mal.

D. SAMUEL.

Jóven de tanta instruccion, (*adelantán*
jóven de talento tanto, *dose con gra*
que es de nuestro sexo encanto *vedad*).
y del suyo admiracion;

mal correspondér podría
a un hombre, que como vd.,
no tiene esa noble sed
de ciencia y sabiduría....

D. LINDORO.

¡Eh! vaya vd. á paseo....

D. SAMUEL.

Lo digo....

D. LINDORO.

No es ocasion
de venirme con sermon.
(¡Todavía no lo creo!
¡Ay!)

D. SAMUEL.

Mas digno pretendiente,
en medio de su tristura,
viene á ofrecer su ternura
de un modo mas conveniente.

INES.

(¿Va á declararse por fin?)

D. SAMUEL.

¡Oh! Pepita, yo quisiera
que D. Antonio supiera,
como vd. y yo, el latín.

PEPA.

(¿Como yo? Pues estaria adelantado).

D. ANTONIO.

Suplico...

D. SAMUEL.

En un idioma mas rico
mi amor manifestaría;
mas si el destino tirano
me niega tal pretension,
haré mi declaracion
aunque sea en castellano.
Yo amo á Pepa.

D. ANTONIO.

(¿Qué demonio!
¡Tambien este!)

D. SAMUEL.

Y convencido
de su obediencia, la pido
hoy á vd. en matrimonio. (*A D. An-*
Será Pepa en el quebranto *tonio*).
de esta derrota cruel,
pañó de lagrimas fiel
en que enjugaré mi llanto....
Escuche yo de ese lábio,
si puede esperar mi amor....

INES.

Diga vd. cual es peor, (*Bajo á Pepa*).
¿el petimetre ó el sábio?

PEPA.

¡Qué sé yo! Con sus amores
me han puesto ambos en un potro (*Id.*)

INES.

Pues yo digo lo que el otro. (*Id.*)

PEPA.

¿Qué? (*Id.*)

INES.

Que los dos son peores. (*Id.*)

D. ANTONIO.

Lo mismo que le advertí [*A D. Sa-*
á D. Lindoro, le advierto *muel*].
á vd. (De este estoy bien cierto
que no ha de decir que sí....)
Si ella consiente....

D. SAMUEL.

¿Qué dice
vd?

PEPA.

Con gran sentimiento
digo á vd, que solo siento
por vd....

D. LINDORO.

¡Ay infelice!

D. ANTONIO.

Hija mía,
muy satisfecho he quedado....
Con el juicio te has portado
que esperar de tí debía.
No ha conseguido el amor
con su pernicioso acento,
turbar un solo momento
de tu alma limpia el candor.

D. SAMUEL.

¿Tendré, pues, que desistir?

D. JUAN.

Pepa ¿no debo esperar? (*Bajo á ella*).

PEPA.

Que á ellos no los pueda amar.... (*A*
D. Antonio).

D. ANTONIO.

¿Qué?

PEPA.

Nó....no quiere decir.... (*Bajan-*
do los ojos).

D. JUAN.

(*¿Si me amaré?*)

PEPA.

Yo no sé....

D. ANTONIO.

¿Qué tienes, hija?

PEPA.

Yo tío....

no los amo; mas no fio (*Levantando los
que á algun otro no amaré. ojos y vien-
do á D. Juan*).

JUAN.

¡Pepa!

[*Dirijiéndose á ella con
arrebato y tomándole una
mano*].

D. ANTONIO.

¡Qué es esto?

PEPA.

¡Aguilar!... [Contestándole
con un movimiento
igual].

D. ANTONIO.

¡Qué significa...?

D. JUAN.

Yo.... [*Cortándose y vol-
viendo sobre sí. Igual
movimiento en Pepa*].

PEPA.

Yo....

D. LINORO.

[¡Mire vd. lo que salió,
ya lo debia esperar!]

D. ANTONIO.

Pero ¡qué es esto?

D. JUAN.

Perdon....

Amo á Pepa....

D. ANTONIO.

¿Qué le ha dado
á esta gente?

D. JUAN.

Si he logrado
conmover su corazón....

D. ANTONIO.

¡Esto me faltaba á mí!
¿Qué plaga nos ha caído?
¿Le amas? No hubiera creído.
¿Le amas?

PEPA.

Yo....creo que sí.... [Cortada].

D. ANTONIO.

Déjame.... [Volviéndole la espalda].

PEPA.

Querido tío.... [Se apresura
y se echa en sus
brazos].

D. ANTONIO.

¡Tal desengaño!

D. JUAN.

Señor.... [Tomándole una
mano, trata de apla-
carlo].

PEPA.

No es un delito el amor.... [Con
candor].

D. JUAN.

Perdone vd.....

PEPA.

Padre mio,

¿Se enfada vd.? [Con coquetería].

D. ANTONIO.

[¡Zalamera!]

No lo esperaba de tí. [*Lucha del enojo
y la ternura*].

PEPA.

¿Ya no me ama vd?

D. ANTONIO.

Yo..... sí.

No seré nunca quien quiera [*Haciendo
dejarte. un esfuerzo sobre sí*].

PEPA.

¿Y yo? Suponer
pudo vd..... [Con dulzura].

D. ANTONIO.

¡Ingrata! [Reproche].

PEPA.

¡Nó! [*Renovando sus caricias*].

D. JUAN.

Tal vez he tenido yo
la desgracia de ofender
á vd.

D. ANTONIO.

Nó, Juan. [Con cierta sequedad].

D. JUAN.

Bien comprendo
que al pedirle por esposa
á Pepa, la mas preciosa
joya estoy á vd. pidiendo;
mas juro á vd. por mi honor,
que si logro tal ventura,
me hará digno mi ternura
de tan insigne favor?...
¿No se digna vd. pensar?

D. ANTONIO.

[Es sincero su cariño;
le conozco desde niño;
es el hijo de Aguilar,
de mi amigo....]

PEPA.

¡Amado tío!

D. ANTONIO.

[Es mi resistencia vana].
Es la hija de mi hermana: [*Cediendo co-
su ventura te confio. mo á pesar suyo*].

D. LINDORO.

Se casa.... (*A Samuel con
aire socarron*).

D. SAMUEL.

¡Suerte cruel! (*Con aire deso-
lado*).
Ya lo veo.

D. LINDORO.

¡Suerte impía! [*Con desesperación cómica*].

[Mas no pudiendo ser más, [*Transi-*
me alegro por D. Samuel.] *ción*].

INES.

¡Ay, qué gozo, señorita! [*Palmoteando*].

D. ANTONIO.

¿Qué te pasa?

INES.

Que tendríamos
fiesta, y boda, y bailaremos....

D. ANTONIO.

Calla, loca.

INES.

¡Qué bonita [*A Pepa*].
va á estar vd!

D. SAMUEL.

¡Qué impresion!....

Mas un sábio no se deja (*Con gravedad*
abatir: nunca se queja. *cómica*).

¡Heróica resignacion
que da la sabiduría,
ven en mi auxilio! ¿Por qué
en otra parte busqué,
lo que en mis libros tenia?

PEPA.

Yo no creo, á la verdad, [*A D. Samuel*]

que lo que ha pasado debe *y á D Lin.*
disminuir en lo mas leve *doro*].
nuestra afectuosa amistad.
Soy la amiga verdadera
de los dos, y no querria....

INES.

Boda, baile; ¡qué alegría!

PEPA.

Que ninguno se creyera
ofendido.

D. LINDORO.

Pues por mí,
no debe vd. temer nada.

PEPA.

Gracias.

INES.

¡Señora casada!
Todo va á cambiar aquí.

PEPA.

Deben ustedes pensar,
que en cualquier tiempo seré
la misma, porque no sé
y no me agrada cambiar.
Con la misma confianza [*A D. Lindoro*]
que hasta aquí, conversaremos
de modas, y bailaremos
la primera contradanza

como siempre.—D. Samuel,
verá vd. que siempre soy,
como lo he sido hasta hoy,
una discípula fiel.

D. JUAN.

¡Qué sencilla y que graciosa!
¡Con qué acento seductor
sabe vd. darle valor
á la mas ligera cosa!

D. ANTONIO.

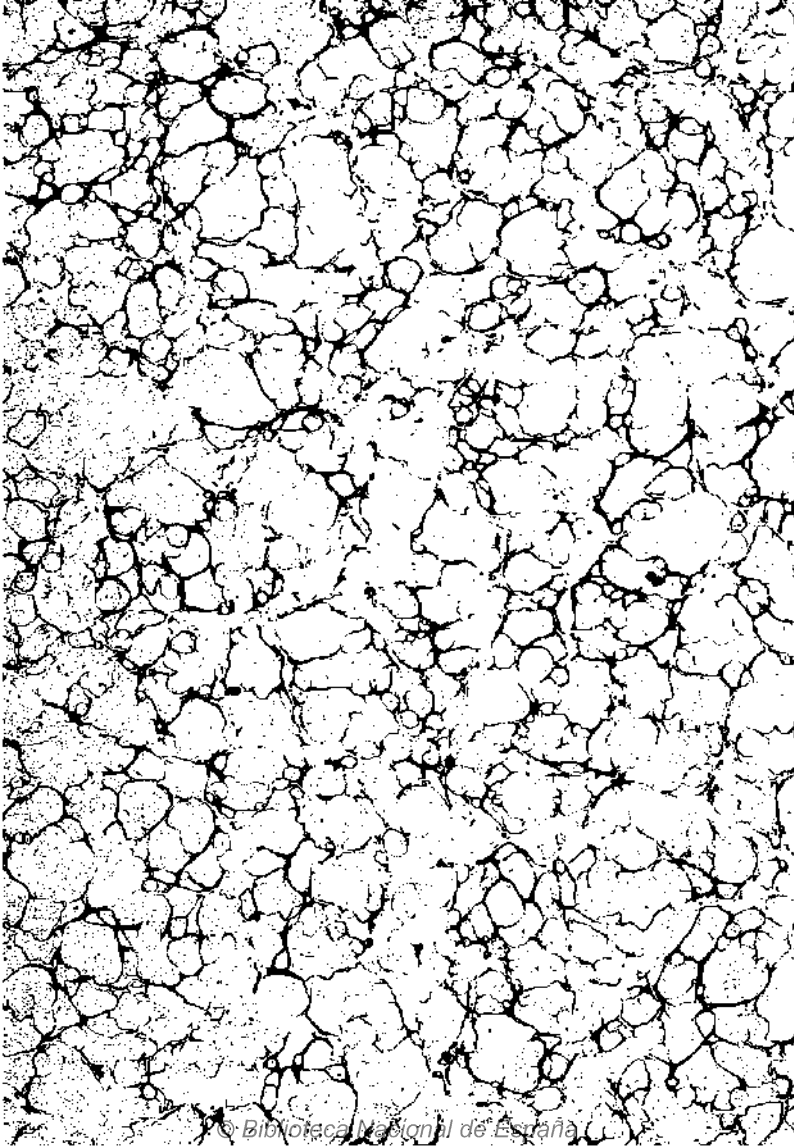
Das á todos á porfía,
consuelos; y ¡á mí! Quisiera....

PEPA.

¿A vd? Si posible fuera [*Precipitándose
le amara mas todavia. en sus brazos*].

[CAE EL TELON]

FIN.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103684500